

ah

ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA



— ESPECIAL —

Doscientos años de **DON JUAN VALERA**

Pie de foto portada:

Retrato de don Juan Valera y Alcalá-Galiano.

Óleo sobre lienzo de Enrique Romero de Torres (1891).

Fundación Aguilar y Eslava (Cabra).

Edita: Centro de Estudios Andaluces
Presidente: Antonio Sanz Cabello
Director gerente: Tristán Pertíñez Blasco

Director: José Antonio Parejo Fernández
Consejo Editorial: Eloísa Bernáldez Sánchez, Francisco Javier Crespo Muñoz, Alberto Egea Fernández-Montesinos, Eduardo Ferrer Albelda, Antonio José García Sánchez, Margarita Gómez Gómez, Magdalena Illán Martín, Clelia Martínez Maza, Paloma de la Nuez Sánchez Cascado, Sasha D. Pack, Rafael Mauricio Pérez García, Lola Pons Rodríguez, Antonio Rivero Taravillo, Oliva Rodríguez Gutiérrez, Julius Ruiz, Luis Salas Almela, Valeriano Sánchez Ramos, Kari Soriano Salkjelsvik, Manuel Toscano Méndez y Roberto Villa García.

Equipo de redacción: Alicia Almarcegui Elduayen, Rafael Corpas Latorre, Eva de Uña Ibáñez, Esther García García y Lorena Muñoz Limón.

Organización y Protocolo: Elena Díaz Martínez e Isabel López-Fando Amián.

Colaboran en este número: José Calvo Poyato, Juan Leña Casas, Blas Sánchez Dueñas, José Garrido Ortega, Miguel Forcada Serrano, Antonio Ramón Jiménez Montes, Remedios Sánchez-García, Manuel Moreno Alonso y Fátima Rueda Giráldez.

Diseño: Gomcaru, S. L.
Maquetación y tratamiento de las imágenes: Gomcaru S. L. / Emilio Barberi Rodríguez
Impresión: Editorial Mic.
Distribución: Distrimedios, S. A.

El Centro de Estudios Andaluces es una Fundación Pública Andaluza adscrita a la Consejería de la Presidencia, Interior, Diálogo Social y Simplificación Administrativa de la Junta de Andalucía.

Centro de Estudios Andaluces
C/ Bailén, 50 - 41001 Sevilla
Información y suscripciones: 955 055 210
fundacion@fundacioncentra.es
URL: www.centrodeestudiosandaluces.es
Depósito legal: SE-3272-02
ISSN: 1695-1956

Andalucía en la Historia no se responsabiliza de las opiniones emitidas por los colaboradores y participantes de cada número de la revista.

Pueden remitir sus propuestas a la siguiente dirección de correo electrónico:
direccionah@fundacioncentra.es

Dos Décadas de Historia y Servicio Público

En sus veintidós años de andadura, la revista Andalucía en la Historia se ha convertido en un pilar para la difusión y la preservación de la fecunda historia y cultura de Andalucía. A lo largo de los ochenta y cinco números que el Centro de Estudios Andaluces, dependiente de la Consejería de Presidencia de la Junta de Andalucía, ha publicado hasta ahora, se ha conformado una de las colecciones de revistas y artículos más importantes de España. La revista AH es hoy día un referente para multitud de profesores, periodistas y profesionales de distintos ámbitos que acuden a sus páginas en busca de una información fiable con la que preparar clases, seminarios, programas de radio y televisión, exposiciones e incluso intervenciones políticas. Esto es posible gracias a la fiabilidad y el aval científico que respaldan cada uno de los dosieres y artículos que los lectores han podido y pueden disfrutar puntualmente. Cada verano, el CENTRA libera, para consulta gratuita, los ejemplares publicados el año anterior, poniendo a disposición de cualquier ciudadano interesado, en libre descarga, ochenta números. Esto constituye uno de los esfuerzos económicos y culturales más importantes y sostenidos en el tiempo que se han hecho en nuestra comunidad autónoma. Independientemente del color político de las distintas administraciones que se han sucedido en estas dos décadas, la revista Andalucía en la Historia se ha asentado en el panorama editorial español. Y me atrevería a decir, sin más ánimo que reconocer el trabajo realizado en todo este tiempo, que es, quizás, la publicación de mayor calidad, tanto científica como editorialmente, que existe actualmente en el ámbito de la divulgación; basta tenerla en las manos para comprobarlo.

Los fundadores pusieron en marcha esta revista justo en aquellos años en los que las publicaciones culturales, en papel, atravesaban su época dorada. Consiguieron hacer-

le un sitio entre los lectores. Los responsables que vinieron después supieron mantenerla justo cuando la crisis económica y los dispositivos electrónicos arrinconaban a la prensa en papel; gracias a lo cual hoy día podemos seguir leyendo nuevos trabajos y descubriendo, de la mano de magníficos especialistas, la inmensa labor científica que se realiza en las universidades y centros de investigación de Andalucía. Actualmente, la revista está plenamente consolidada y, lo que es más importante, constituye una referencia para la transferencia del conocimiento. Uno de los objetivos, que el nuevo equipo directivo y el Consejo Editorial CENTRA de Humanidades se han marcado, es convertirla en una plataforma de apoyo a la difusión y transferencia del conocimiento generado en Andalucía; respondiendo así al carácter de servicio público y, por supuesto, a los nuevos retos que la sociedad plantea: sacar de las universidades el ingente conocimiento que atesoran y ponerlo al servicio de la ciudadanía andaluza, española y extranjera pues la revista AH no sólo se lee en Andalucía.

El lector tiene en sus manos un dossier extraordinario dedicado a un corobés, a un andaluz universal: don Juan Valera y Alcalá-Galiano. Para la revista y para el Centro de Estudios Andaluces constituye un hito ya que es la primera vez, en sus veintidós años de historia, que publicamos un número extraordinario. La efeméride lo merecía: el bicentenario de su nacimiento. Y es una satisfacción doble porque su coordinador es José Calvo Poyato; el director que puso en marcha esta revista. Gracias a él y al equipo editorial que le acompañó entonces, podemos continuar la larga senda recorrida hasta ahora. Adéntrate en sus páginas y descubran la trayectoria de uno de los andaluces más fecundos que ha dado esta tierra abierta al Mundo, que es Andalucía. ■

JOSÉ ANTONIO PAREJO FERNÁNDEZ
DIRECTOR DE ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

Retrato de Juan Valera que, junto a su
rúbrica, era reproducido a menudo en las
primeras páginas de las distintas ediciones
de sus obras. Este proviene de *Canciones,
romances y poemas* (1886). Biblioteca Nacional.



Juan Valera

(1824-1905)

COORDINADO POR: JOSÉ CALVO POYATO

DOCTOR EN HISTORIA Y ESCRITOR

AH
OCT
2024
5

Se cumplen doscientos años del nacimiento de don Juan Valera y Alcalá-Galiano. El ilustre escritor nació en Cabra el 18 de octubre de 1824.

Con este dossier, dedicado, con motivo del bicentenario de su nacimiento, a diferentes aspectos de su vida y su obra, *Andalucía en la Historia* se suma a los eventos que se vienen realizando a lo largo del presente año en honor de quien fuera uno de los principales escritores de nuestro siglo XIX. Valera, Pérez Galdós y Pereda formaron la trilogía de nuestros grandes novelistas decimonónicos y llevaron en muchas de sus obras los ambientes y las costumbres españolas de su tiempo y, en el caso de don Juan, especialmente las andaluzas.

La figura de Valera es poliédrica, tanto por su obra literaria como por sus actividades y su propia trayectoria vital. Cultivó géneros muy diferentes, como la poesía, la dramaturgia, el relato corto, la novela, la historia o la crítica literaria. A todo ello se añadiría ser uno de los más importantes epistológrafos de nuestra literatura. Fue diplomático, político vinculado al partido conservador, miembro de la Real Academia Española o de la de Ciencias Morales

y Políticas. Su vasta cultura, de raíces clásicas, es uno de los elementos que caracterizaron su obra, más allá del realismo costumbrista con que nos obsequió en algunas de sus novelas como *Pepita Jiménez*, *Juanita la Larga* o *Doña Luz*. En este dossier se abordan diversas cuestiones relacionadas con su vida y su obra que, sin duda, llevarán al lector a un mejor conocimiento de su personalidad, tanto como escritor como hombre de su tiempo y a aspectos varios de su amplia obra literaria.

Nos aproximaremos al don Juan Valera diplomático que ejerció en diferentes embajadas y en circunstancias muy diversas, tal como nos lo ofrece en su artículo otro diplomático, Juan Leña Casas. También nos asomaremos a la correspondencia que mantuvo con muy diferentes personalidades de su tiempo, de la mano de Blas Sánchez Dueñas. A sus relaciones con un ilustre paisano, don Martín Belda y Mencía del Barrio, ministro con Isabel II y presidente del Congreso de los Diputados, nos acerca el artículo firmado por José María Garrido Ortega.

Será Miguel Forcada Serrano quien nos situará en el mundo costumbrista que tan bien representó Lozano Sidro, al ilustrar una de las mejores ediciones que se cono-

cen de *Pepita Jiménez*. Remedios Sánchez García nos ofrece en su artículo el perfil de las mujeres en la obra de Valera y que dieron título a algunas de sus más representativas novelas. La biblioteca de don Juan Valera, parte de ella conservada en la Fundación Aguilar y Eslava, nos permitirá, de la mano de Antonio Ramón Jiménez Montes, acercarnos a las lecturas de Valera y a la riqueza de su obra literaria.

El Valera historiador, que concluyó, por encargo de la Real Academia de la Historia, la monumental e inacabada *Historia General de España*, de don Modesto Lafuente, nos es presentado por Manuel Moreno Alonso. Por último, Fátima Rueda Giráldez nos llevará al humanista de formación impregnada de clasicismo, que le permitirá ejercer con gran lucidez la crítica literaria y, gracias a su dominio de varios idiomas, traducir obras de Byron, Goethe o Víctor Hugo.

Esperamos que este dossier extraordinario de *Andalucía en la Historia* permita un mejor conocimiento de aspectos de la vida y obra de uno de los grandes novelistas andaluces de todos los tiempos, que reflejó aspectos de nuestra idiosincrasia, así como costumbres y formas de vida de su tiempo. ■

Juan Valera



Medio siglo de diplomacia

Un valioso fresco de la realidad internacional

Don Juan Valera fue un diplomático notable. A lo largo de toda su vida combinó el ejercicio de la diplomacia con sus otros dos principales afanes: la política y la literatura. En total sumó diez destinos: Nápoles, Lisboa, Río de Janeiro, Dresde, San Petersburgo, Fráncfort, de nuevo Lisboa, Washington, Bruselas y Viena. A pesar de no tener demasiada fe en el servicio, por disciplina y autoestima, así como por sus problemas económicos, que siempre le persiguieron, se manyuvo en el escalafón hasta cumplir setenta años de edad.

JUAN LEÑA CASAS
DIPLOMÁTICO

El próximo 18 de octubre se conmemorará el segundo centenario del nacimiento de don Juan Valera en Cabra. Uno de los no muy frecuentes casos de conmemoración del segundo centenario del nacimiento de un escritor español. En 1924, con ocasión del primer centenario, la Real Academia Española organizó un acto, en el que intervino el también académico, marqués de Villaurrutia, que había servido a las órdenes de Valera en la Legación de España en Lisboa en 1881. “Don Juan Valera, diplomático y hombre de mundo” fue el título de la conferencia del embajador Villaurrutia, en la que puso énfasis en la larga carrera de Valera y en la importancia de los puestos que desempeñó: diez destinos en el extranjero y la Subsecretaría del Ministerio de Estado (hoy Asuntos Exteriores). Villaurrutia se pronunció así sobre su trayectoria profesional: “Fue nuestro don Juan diplomático de carrera, no de los que se consideran tales, porque sentaron plaza de jefes de misión y figuran en el escalafón de embajadores y en el almanaque del Gotha, sino de los que llegaron a la más alta dignidad, pasando por todos los grados inferiores y por no pocas residencias de América y Europa”.

El padre de Valera, el marino don José Valera Viaña, y su madre, doña Dolores Alcalá-Galiano y Pareja, marquesa de la Paniega, tenían profundo arraigo de antiguo y vínculos familiares con Cabra y Doña Mencía. Ambas localidades están muy presentes en la vida y la obra de Valera. Por eso este segundo centenario debe ser una conmemoración compartida. Valera regresaba siempre que podía a Cabra y Doña Mencía para descansar, escribir, disfrutar

de la gastronomía local, pagar deudas, ver con inquietud el estado de sus propiedades, escasamente productivas, o departir con su gran amigo, don Francisco Moreno Ruiz, quien le informaba de la política local como nadie.

El siglo XIX fue un período de confrontación en el terreno de las ideas y enfrentamientos en el campo de batalla, con la cuestión de las nacionalidades y las demandas democráticas como telón de fondo. Emerge la burguesía que reclama su participación en el ejercicio del poder, y también surgen los partidos políticos y los primeros intentos de crear organizaciones de defensa de los trabajadores. La publicación del *Manifiesto Comunista* de Karl Marx en 1848 coincide con la estancia de Valera en Nápoles, su primer destino diplomático. Son los años del maquinismo y la revolución industrial. España, con un glorioso pasado en Europa, América y el Pacífico, entra en declive, mientras los grandes países europeos se lanzan a la aventura colonial en África y el continente asiático. A medida que avanza el siglo, la Europa del concierto y el equilibrio, surgida del Congreso de Viena (1814) y diseñada por Austria, Prusia, Rusia e Inglaterra, a las que se unirá posteriormente Francia, se verá progresivamente erosionada. La diplomacia del momento se ejercerá bajo los principios del equilibrio, la legitimidad y la intervención. Esta última para acabar con las nuevas ideas. Todo este mundo en profundo cambio acompañará a Valera durante toda su carrera diplomática.

Concluidos sus primeros estudios de letras y humanidades en Cabra, de Filosofía en Málaga y de Derecho en Granada y

Madrid, donde se graduó en 1844, su aspiración primera es la abogacía, a la que le empujan sus padres, pero se inclina por la diplomacia por sus relaciones sociales o de parentesco y porque la profesión le puede servir para otras formas de ascenso. Valera piensa en la diplomacia, pero no olvida la poesía, ni desatiende su formación lingüística. Brilla en los salones madrileños (de los Montijo, Heredia o Cabarrús...) y sueña con el éxito en la diplomacia, la literatura o la política. No le faltan padrinos (Narváez y Serrano, entre otros) y sus hermanas casarán bien: Ramona, con Alonso Messía de la Cerda, marqués de Caicedo, y Sofía, aupada por Eugenia de Montijo, lo hará con Aimable-Jean-Jacques Pelissier, duque de Malakoff. Los Valera pertenecen a esa aristocracia de provincias que asciende socialmente, pero que carece de una prosperidad económica consolidada. Por eso la diplomacia fue el paraguas protector de Valera, al asegurarle unos ingresos estables durante medio siglo.

En 1847 escribe a su madre que “entre todos mis castillos en el aire el que más me enamora es el de ver el modo de hacer senador a papá, sin que él lo quiera ni lo pretenda, pues este es, según creo, el mejor modo de que a mí me abran las puertas de la diplomacia”. Efectivamente, las puertas de la diplomacia se le abren, al firmar don Javier Istúriz su nombramiento el 24 de enero de 1848, como agregado sin sueldo, ya que el duque de Rivas se había ofrecido a llevarle con él a Nápoles, si obtenía la oportuna credencial. Sin oposición ni concurso alguno, como era habitual en la época. Por esa estrecha puerta, solo accesible entonces a la aristocracia, la naciente bur-

guesía, la milicia o a los profesionales de la política, entra Valera en el Servicio Exterior, en el que llegó a ser subsecretario del Departamento y Embajador, además de desempeñar otros puestos del escalafón, como secretario de embajada o ministro plenipotenciario.

LA CARRERA DIPLOMÁTICA. En España, al igual que en otros países europeos, como Francia o el Reino Unido, la carrera diplomática se va institucionalizando y regulando a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. La creación del Ministerio de Estado (hoy Asuntos Exteriores) forma parte del paquete de reformas administrativas introducidas por el conde de Floridablanca. No quiere esto decir que no hubiera diplomacia y alguna forma de servicio exterior antes de siglo XVIII. Decir sociedad organizada es decir diplomacia y desde el Renacimiento (y aún antes) los príncipes, entre ellos, de forma destacada Fernando el Católico, pusieron ya en pie un incipiente servicio diplomático de gran eficacia en lo tocante a la guerra, la paz, la firma de los tratados y la representación. Los congresos de Viena y Aquisgrán establecerán la prelación de los puestos diplomáticos, que sin demasiados cambios se mantiene hasta hoy.

El papel de España en la estructuración orgánica de la diplomacia ha sido reconocido por importantes tratadistas anglosajones, como Harold Nicholson o el profesor de Columbia Garrett Mattingly. La carrera diplomática española, como cuerpo especial de la Administración, se fue profesionalizando y regulando con sucesivas reformas de alcance vario, en 1816, 1844, 1851, 1865 y, sobre todo, en 1883 cuando se promulga la Ley Orgánica de la Carrera Diplomática, Consular y de Intérpretes, que es la regulación más completa que se hizo de la Carrera en el siglo XIX, con la oposición como única puerta de acceso y con exigencia, en aquel momento, tan solo de la lengua francesa. Normalmente se exigía economía, derecho e historia de los tratados, pero en la reforma de 1851 llegaron a figurar en el programa de los exámenes de acceso latín y matemáticas.



F. 1844-1926 - Biblioteca Nacional de España.

Valera tenía una opinión más bien pobre de la diplomacia española de la época, que en el fondo era una crítica a la política exterior de España en el siglo XIX. Es verdad que la política exterior puede ser de altos vuelos o de vuelo rasante, como ocurrió en todo el siglo XIX sin excepción, debido al declive de España en todos los órdenes, como se puso de manifiesto en el propio Congreso de Viena. No hay que olvidar que el siglo XIX comienza para España con la invasión napoleónica, las Cortes de Cádiz, la represión fernandina, los Cien mil Hijos de San Luis y la independencia de la casi totalidad de la América hispana, y concluye con el Desastre del 98, es decir, con la

guerra hispano-norteamericana y la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otras posesiones menores en el Pacífico.

Valera no tenía demasiada fe en el servicio, pero por disciplina y autoestima y por problemas económicos, que le persiguieron siempre, se mantuvo en el escalafón hasta los setenta años, una edad muy avanzada para la época. Valera no rechazó destinos, aunque los considerara irrelevantes, ya que, como dijo el marqués de Villaurrutia en la ya citada conferencia pronunciada en la Real Academia Española en 1924, Valera tenía esa "soltura fina", que algunos consideraban indispensable para que fuera perfecto el diplomático.

Las puertas de la diplomacia se le abren al firmar don Javier Istúriz su nombramiento el 24 de enero de 1848 como agregado sin sueldo, ya que el duque de Rivas se había ofrecido a llevarle con él a Nápoles

Juan Valera

Solo una vez hizo visible su enfado cuando se le negó la embajada ante la Santa Sede a la que aspiraba, quizás por haber sido considerado demasiado liberal.

DIEZ DESTINOS. No era raro que Valera fuera tildado de liberal por los conservadores y de conservador por los liberales. Muestra de su indudable capacidad para adaptarse los cambios políticos del momento. No obstante, en general estaba más cerca de los liberales que de los conservadores, y hasta se desenvolvió bien en el llamado Sexenio Democrático. Cabalgó sobre la segunda mitad del siglo, combinando el ejercicio de la diplomacia con sus otros dos principales afanes, la política y la literatura. En efecto, Nápoles, Lisboa, Río de Janeiro, Dresde, San Petersburgo, Fráncfort, de nuevo Lisboa, Washington, Bruselas y Viena, diez destinos, que constituyen todo un récord para cualquier diplomático, incluso en nuestros días.

En Nápoles, capital del reino borbónico de las Dos Sicilias, cuyo soberano era Fernando II, Valera estrecha aún más la amistad con su jefe, el duque de Rivas, se empapa de los clásicos, viaja, hace amistad con Estébanez Calderón, frecuenta a muchas personas de la alta sociedad y siente simpatías por los patriotas italianos, enfrentándose al duque en este tema. Será también testigo de la llegada a Italia de la fuerza expedicionaria española en ayuda del Papa Pío IX, al mando del general Fernández de Córdoba. Esta experiencia como miembro de la Legación de España en Nápoles le servirá más tarde para escribir un bien documentado ensayo sobre la Revolución en Italia. Italia vive agitada y el Reino de las Dos Sicilias desaparecerá con la unidad italiana.

El conocimiento más importante que hizo Valera en Nápoles (además de Estébanez Calderón) fue Lucía Palladi, que Valera encontró en casa de los duques de Bivona y a quien el duque de Rivas llamó “la Muerta” por su aspecto frágil y enfermizo, mientras Valera se refería a ella como “la Dama Griega”. La relación entre ambos fue compleja e intensa. La Palladi no era ni joven, ni hermosa, pero Valera se enamoró de su cultura, de su conversación, de su sensibilidad, y, quizás, de su aire melancólico y decadente. Lucía Palladi empujó también a

China y Japón

■ En una de sus notas diplomáticas, publicada en enero de 1898, Valera analizó la decadencia de China en aquel momento y cómo, en cambio, Japón se modernizaba con gran rapidez. China perdía territorios y soberanía a manos de las potencias europeas. A la vista de todo ello, Valera anticipó, de algún modo, que China podría reaccionar y escribió: “Líbrenos Dios que un día se decidan los chinos a imitar a los japoneses, creen un nuevo ideal para su país y se defiendan y ofendan. Entonces no será tan fácil apoderarse de China, de sus bahías, de sus puertos y su litoral...”.

Valera a interesarse por la lengua griega. Consejo que impulsó a Valera a profundizar en el mundo clásico. Lucía Palladi casó en primeras nupcias con un príncipe Cantuzeno y después con el X marqués de Bedmar, Manuel Antonio de Acuña. Al parecer, la Palladi resistió el asedio de Valera, que trató de ir destinado a París, donde Lucía residía, sin conseguir el puesto.

Su segundo destino diplomático es Lisboa, a donde llega el 27 de octubre de 1850. Sus obligaciones no son exageradas y consisten en extender pasaportes, participando también en las negociaciones para un tratado de libre navegación en el río Duero. La vida de Lisboa no le atrae demasiado, pero el hecho de que su tío, don Antonio Alcalá Galiano, sea el ministro de la legación le hace la vida más grata. Aprende portugués, escribe a Estébanez Calderón y se interesa por la literatura portuguesa y por las relaciones entre los dos países, sin llegar a hacer suyas las tesis del iberismo extremo, que preconizaba la unión entre los dos países.

En 1851, Valera es destinado a Brasil, con 18.000 reales de sueldo, 6.000 más de lo que ganaba en Lisboa. Su jefe, don José Delavat y Rincón, está casado con una brasileña y su hija Dolores, que tiene entonces nueve años, se convertirá en la esposa de Valera en 1867. El matrimonio, nunca bien

avenido, tendrá tres hijos, Carlos, Luis y Carmen. Carlos morirá pronto y Luis hará una brillante carrera como escritor y diplomático. En 1854, con trastornos gástricos y síntomas de rechazo al clima local, deja Valera Brasil y es trasladado a la Legación de España en Sajonia con sede en Dresde. Valera escribe que “la Legación en Dresde tiene la misma importancia y utilidad que los perros en misa, y estoy deseando que la supriman, pues para esto mejor es nada”.

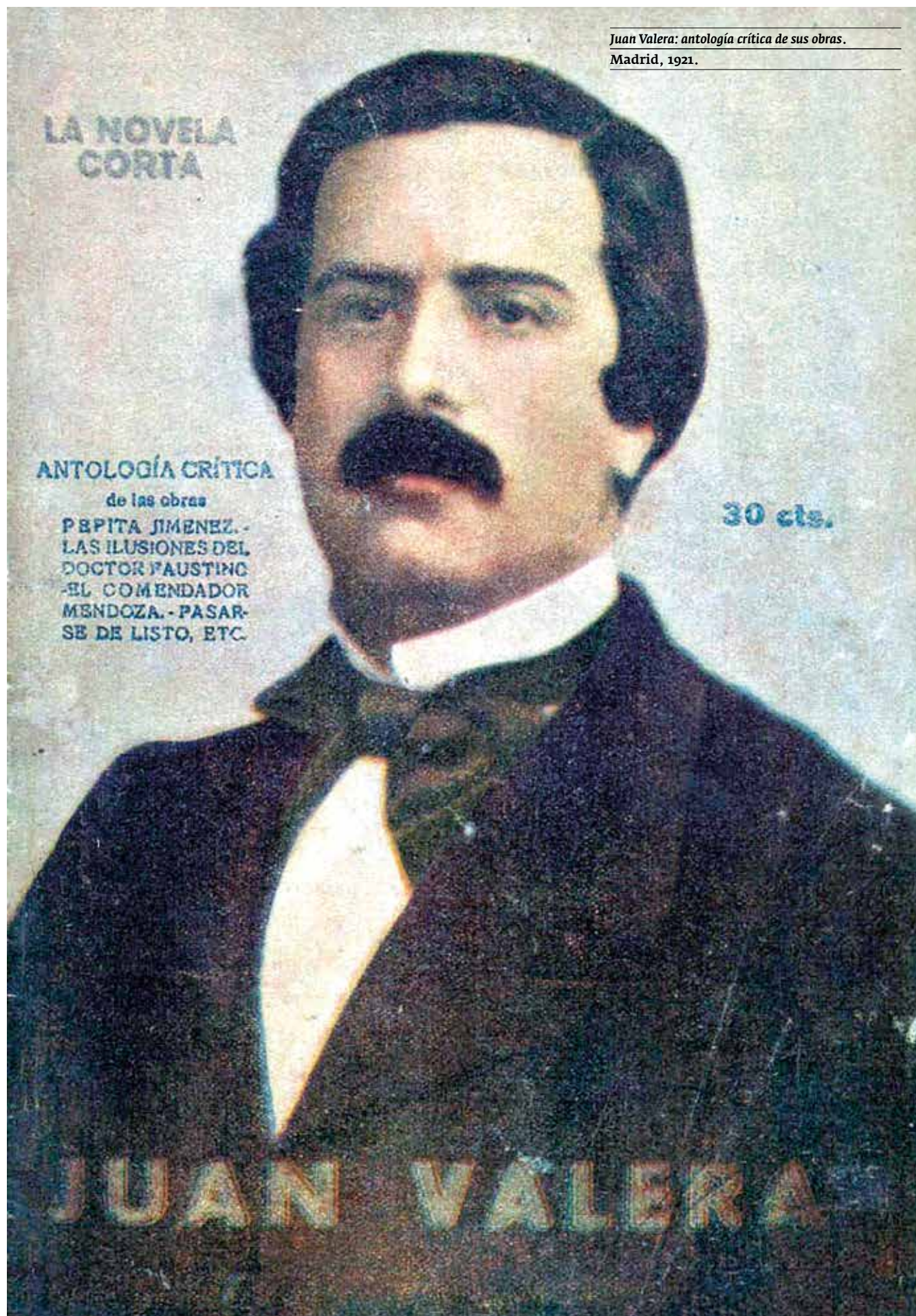
De regreso en Madrid, su amigo Leopoldo Augusto de Cueto consigue situarle como secretario de la Misión Extraordinaria que lleva a la Corte de Rusia el duque de Osuna para restablecer relaciones, y que se prolongará por espacio de seis meses. Seis meses de malentendidos con el duque, con los rusos y con el agregado militar, coronel Quiñones. Valera se enamora de la actriz Magdalena Brohan y ello lo tendrá muy ocupado. Cueto da a conocer en Madrid las cartas, llenas de gracia y talento, que Valera le envía desde Rusia, lo que le crea problemas muy serios con su jefe, el duque de Osuna. El testimonio epistolar de Valera constituye, además, un fresco de gran valor sobre la Rusia de la mitad del siglo XIX. En 1865, Valera es destinado como ministro plenipotenciario a la Dieta Germánica con sede en Fráncfort. La estancia de Valera en este puesto será breve, porque la Dieta desaparece en el proceso de la unidad alemana. En 1881 es nombrado Valera ministro de la Legación de España en Lisboa y en ese mismo año se convierte en senador vitalicio.

En 1884 Valera es destinado a Washington, un puesto que le permite adentrarse en la literatura y civilización norteamericanas. Las relaciones hispano-norteamericanas atraviesan un momento difícil, debido a la cuestión cubana, siendo frecuentes las quejas españolas por los ataques de filibusteros norteamericanos a las costas cubanas. Participa en la negociación de un Acuerdo comercial, que rechaza el Senado norteamericano. Su opinión sobre los políticos estadounidenses es bastante negativa, especialmente sobre Cleveland. No así sobre la literatura norteamericana (Emerson, Poe, Longfellow) que

ensalza de manera entusiasta. Valera tuvo siempre sentimientos encontrados en relación con Estados Unidos, de rechazo y admira-

No rechazó destinos, aunque los considerara irrelevantes. Solo una vez hizo visible su enfado cuando se le negó la embajada ante la Santa Sede, quizás por haber sido considerado demasiado liberal

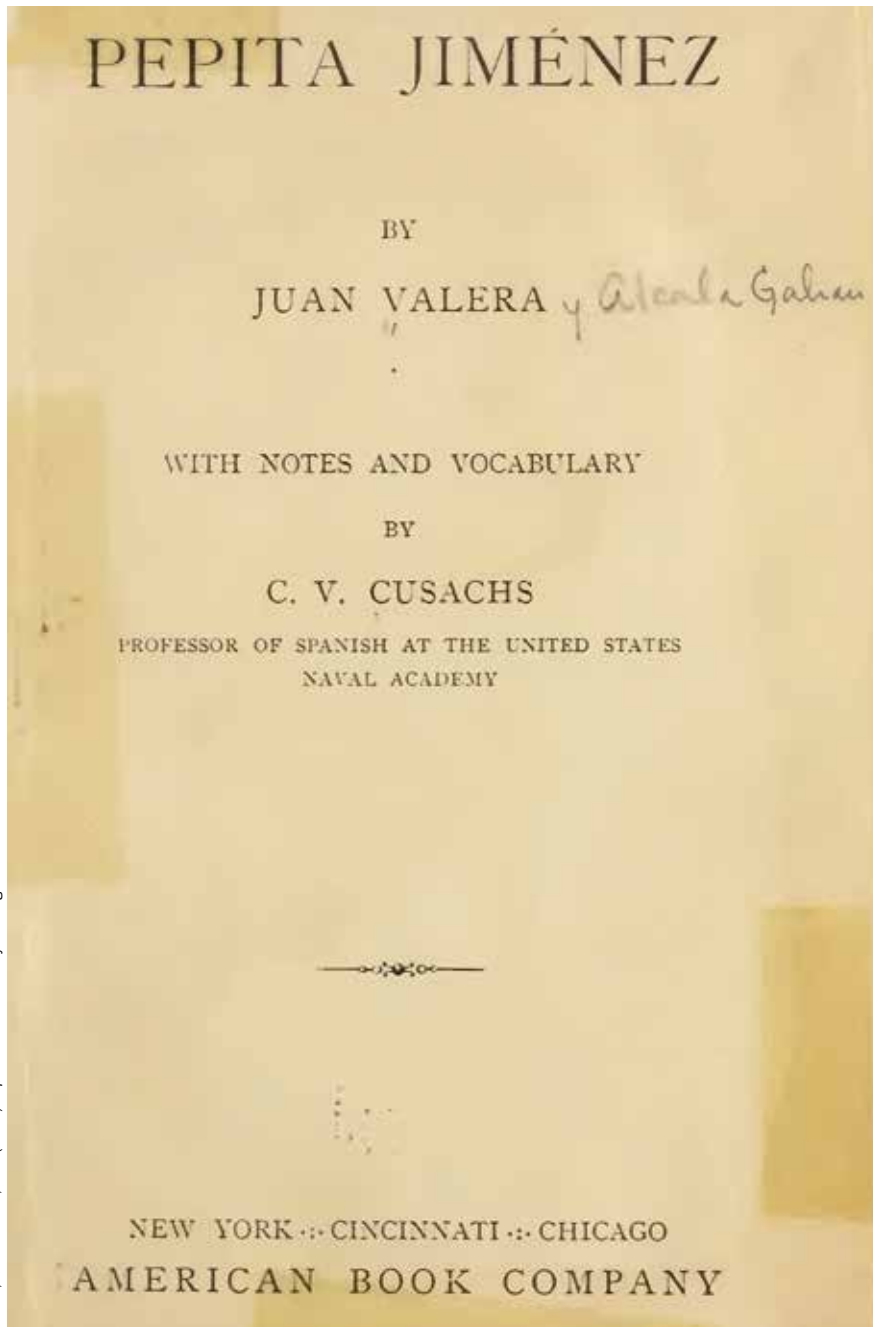
Juan Valera



Juan Valera: antología crítica de sus obras.
Madrid, 1921.

AH
OCT
2024
9

Juan Valera



Washington fue un gran reto vital, donde vio *Pepita Jiménez* traducida al inglés. En la imagen, versión inglesa de la obra de 1910, basada en la edición de 1898.

Alianzas

■ En carta dirigida al director del diario *El Liberal* en 1896, Valera aborda la cuestión de las alianzas, al hilo de la soledad de España en el conflicto que nos enfrentaba con los Estados Unidos sobre Cuba. Valera sostiene que las alianzas son buenas, como ha evidenciado la historia desde antiguo. Valera pone el ejemplo del Piamonte, que participó en la guerra de Crimea (1856) con unos po-

cos miles de hombres y ello le hizo contar con la ayuda de potencias europeas para el logro de la unidad italiana. España, destaca Valera, no supo acercarse a las potencias europeas en busca de apoyos en el conflicto cubano, no necesariamente militares, sino diplomáticos. Históricamente hablando, España ha sido alérgica a las alianzas, salvo en las últimas décadas.

ción. Consideraba a los norteamericanos rudos y torpes, “más toscos que los cabreños”, como refiere Cyrus C. Decoster.

Como era habitual en él, Valera mantuvo en Washington una amplia panoplia de relaciones femeninas, una de las cuales acabó con tintes particularmente trágicos, como ocurrió con Catherine Lee, hija del secretario de Estado, Thomas Bayard. Ambos mantuvieron una relación sentimental muy estrecha y, al conocer el traslado de Valera a España, Catherine se suicidó en uno de los salones de la embajada. Ello significó un tremendo choque emocional para Valera, que ya había rebasado los sesenta años. En conjunto, Washington fue, sin duda, para él un gran reto vital y profesional, con la satisfacción añadida de ver *Pepita Jiménez* traducida al inglés. En 1886 es nombrado ministro plenipotenciario en Bruselas, puesto del que dimite en 1888. En 1893 es nombrado embajador en Viena, que es la culminación de su carrera profesional, jubilándose como embajador el 3 de marzo de 1896, tras casi cincuenta años de ajetreada e intensa vida diplomática.

Viena es una ciudad que le agrada, aunque no tanto el protocolo, pomposidad y disciplina social de la sociedad vienesa. Le acompañará su mujer y su hijo Luis, ya diplomático, le será muy útil como secretario de la embajada. Valera observa el funcionamiento de una maquinaria tan compleja como el Imperio Austro-Húngaro y advierte de los retos a que debe hacer frente el Gobierno de Viena, entre ellos, el nacionalismo, el de los checos y el de los eslavos del sur, el de los croatas, además de

Juan Valera



Valera regresaba siempre que podía a Cabra y Doña Mencía para descansar, escribir, disfrutar de la gastronomía, pagar deudas, ver con inquietud el estado de sus propiedades o departir con su amigo Francisco Moreno Ruiz.

la amenaza que suponen los nacionalistas alemanes con su pangermanismo. Valera anticipa, de algún modo, acontecimientos posteriores, ya que el Imperio desaparecerá al término de la primera Guerra Mundial y Hitler se anexionará Austria en 1938.

Don Juan Valera fue hombre de una inmensa curiosidad y muy extensos conocimientos. Su condición de diplomático resultó muy útil para ampliar sus saberes y su visión del mundo. Ese es un plus que le sitúa por encima de otros escritores españoles del siglo XIX. En todos los puestos que desempeñó escribió páginas llenas de

interés: análisis sobre la historia, la literatura, el arte o la política de los muchos países donde estuvo destinado, además de sus cartas, que hoy todavía son una delicia para los lectores e inapreciable fuente de información. Sus ensayos sobre la revolución en Italia, las relaciones entre España y Portugal, las cartas desde Rusia, sus notas diplomáticas o sus reflexiones sobre la soledad de España, falta de alianzas, en la cuestión cubana y la guerra hispano-norteamericana son el resultado de esa mirada crítica, permanentemente abierta al mundo que le tocó vivir. ■

Nacionalismo y separatismo

■ La cuestión del nacionalismo y el separatismo, como elementos de dislocación de un espacio unitario, fue tratada también por Valera en sus notas diplomáticas en relación con el funcionamiento del Imperio Austro-Húngaro. La experiencia de embajador en Viena le sirvió para seguir sobre el terreno los problemas que planteaban los nacionalismos a la estabilidad y

continuidad de la Monarquía Dualista. Valera creyó que los nacionalismos y el separatismo de checos, croatas, los eslavos del sur y el pangermanismo, entre otros, no acabarían con Austria-Hungría, aunque representarían una amenaza muy real. No fue así: algo más de dos décadas después el sistema estalló y surgió una nueva Europa.

Más información:

■ Amorós, Andrés

La obra literaria de don Juan Valera: la "música de la vida".

Editorial Castalia, Madrid, 2005.

■ Azaña, Manuel

Ensayos sobre Valera.

Alianza Editorial, Madrid, 1971.

■ Díez, Juan José

Don Juan en la frontera del Espíritu.

Publidisa, Marbella, 2008.

■ Lombardero, Manuel

Otro Don Juan.

Editorial Planeta, Barcelona, 2004.

■ Ochoa Brun, Miguel Ángel

Historia de la diplomacia española. El siglo XIX, Vol. I.

MAEC, Madrid, 2017.

■ Peña González, José

Aproximación a Don Juan Valera.

Ayuntamiento de Cabra, 2007.

■ Rubio Cremades, Enrique

Juan Valera.

Taurus, Barcelona, 1990.

■ Valera, Juan

Cartas a su mujer.

Diputación de Córdoba, 1989.

Juan Valera



Confidencias sobre el fin de siglo

El epistolario de Juan Valera

La consumación de las pérdidas de los últimos dominios coloniales de ultramar y la conciencia crítica ante la agudización de las crisis latentes en la sociedad española se erigieron en temas centrales de las discusiones políticas, literarias y periodísticas finiseculares. Con más de setenta años, con una salud cada vez más debilitada, una ceguera incipiente y padecimientos varios, desde la privacidad de las confidencias epistolares, Juan Valera no pudo sustraerse a participar en asuntos candentes como el desenlace de la Guerra de Cuba, las polémicas políticas al respecto y las raíces y resultas que la abulia, el desencanto y la pérdida de peso internacional obraban en una depauperada España.

BLAS SÁNCHEZ DUEÑAS

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Las fracturas abiertas en el seno nacional durante las últimas décadas del siglo XIX se agudizaron definitivamente en 1898 con la pérdida de las últimas colonias de ultramar, la masiva desconfianza en las bases estructurales del propio país y un generalizado pesimismo envuelto en zozobras y angustia ante el futuro. La desidia y los fracasos extendidos por toda la geografía española habían sido objeto de controversias en todas las cabeceras nacionales y en obras como *Los males de la patria* (1890) de Lucas Mallada, *En torno al casticismo* (1895) de Unamuno o *Idearium español* (1897) de Ángel Ganivet a las que siguieron títulos como *El problema nacional* (1899) de Macías Picavea, *Hacia otra España* (1899) de Ramiro de Maeztu o *Psicología del pueblo español* (1902) de Rafael Altamira.

Escritores e intelectuales finiseculares dirigieron sus reflexiones hacia el diagnóstico de los problemas materiales y espirituales que habían postrado al país con el fin de conocer las raíces de sus males y de promover los exámenes de conciencia necesarios mediante los que regenerar los arbotantes capaces de devolver el pulso a la nación, de acabar con el suicidio lento de su agonía y de hallar los resortes de su revitalización: “Si en la vida práctica la abulia se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario” (Ganivet, 1897: 146).

Los años finales del siglo XIX supusieron la consumación del desastre nacional

y la total ruptura del laxo cordón umbilical que mantenía unida la nación. Juan Valera, involucrado en posiciones preferentes en la vida social, política y diplomática nacional, no pudo sustraerse a las dialécticas sobre el rumbo de los dramáticos acontecimientos históricos vividos en España en una encrucijada en la que deambuló entre su habitual visión pesimista de la realidad y sus visos y decisión optimista para encarar los acontecimientos y sobrellevarlos (Romero Tobar, 1998).

Siguiendo el curso de las comunicaciones epistolares del escritor egabrense desde 1895 a 1900 (Romero Tobar, 2007 y 2008), se aprecia un progresivo interés y una creciente preocupación de Valera por las cuestiones y males nacionales, las decisiones gubernamentales en Cuba, los motivos de la degradación de la patria y la búsqueda de respuestas con las que encarar el futuro nacional.

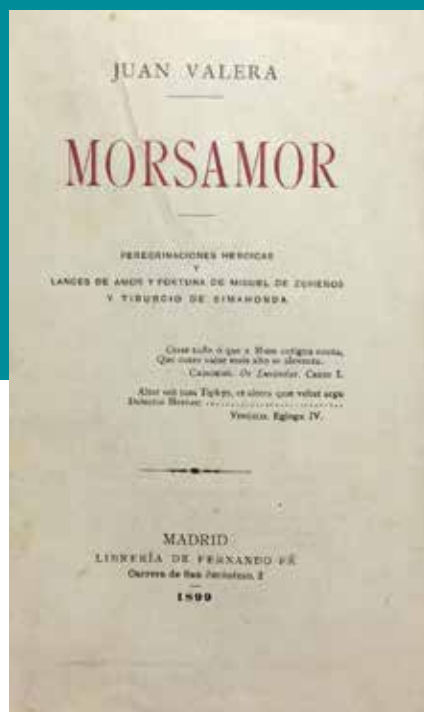
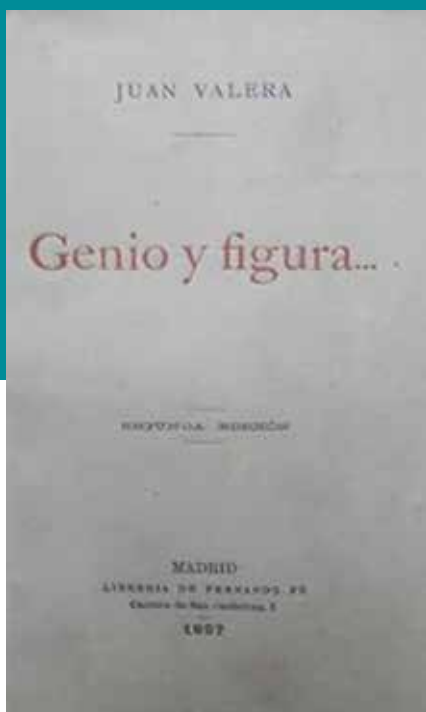
En circunstancias muy similares a la extenuación y sufrimientos del propio país, Valera encara la década final de su vida con numerosas dolencias. En sus cartas se queja de una economía apurada obra de los muchos gastos familiares y de un paulatino sedentarismo consecuencia de una salud cada vez más debilitada, de los contratiempos naturales de la vejez y de una ceguera y padecimientos progresivos que lo abatían y desmoralizaban a la vez que lo obligaban a retirarse de la escena pública.

A pesar de sus lamentaciones, ese período vital fue extremadamente fértil desde el punto de vista creativo. En los años finales de su trayectoria publicó obras importantes de su producción como *Juanita*

la Larga (1895), *Genio y figura* (1897) y *Morsamor* (1899), amén de numerosos cuentos y chascarrillos y otros proyectos editoriales causado por disponer de más tiempo para la escritura, el incremento de su fertilidad creativa y para paliar su depauperada economía según anota en numerosos pliegos de su epistolario.

En 1895 el escritor egabrense apura sus últimos días en activo como embajador en Suiza después de conocer la victoria en las urnas de Antonio Cánovas y saberse cesante en el cargo. Durante los primeros días estivales refrenda su cesantía y poco tiempo después decide dar por finalizada su trayectoria laboral en activo y firmar su jubilación.

Antes de ser reemplazado en la delegación diplomática suiza, en varias misivas Valera advierte sobre la penuria y la insolvencia de la embajada española con respecto a otras agregadurías. Se queja de las escasas retribuciones recibidas y reprocha el escaso patrimonio, la carencia de menaje y recursos, el desleal servicio y la completa falta de medios de la embajada: “(...) Las angustias y los apuros que hay que pasar para que los dineros alcancen, las rabietas incesantes y casi siempre inútiles para que los criados no sisen y saqueen, y la comparación humillante de nuestra miseria de embajada de perro chico con las grandezas de las embajadas de Alemania, Francia, Inglaterra (...) me acibaran el gusto de ser embajador (...) Tengo ya 70 años y algunos meses, y sigo más tronado que nunca, a pesar de ser embajador. Tronado y todo, sin embargo, y lamentando muy de corazón mi propia miseria, y las intermi-



En los años finales de su trayectoria publicó obras importantes de su producción como *Juanita la Larga* (1896), *Genio y figura* (1897) y *Morsamor* (1899).

nables miserias, ahogos y dificultades de la patria, a la cual, ya los marroquíes, ya los cubanos, dan tanto que sentir, maldita sea la gana que tengo de morirme”.

LA GUERRA DE CUBA. El curso de las acciones y deliberaciones sobre Cuba, así como glosas en torno a las maniobras políticas y militares obradas sobre el país antillano, fue uno de los ejes centrales de las preocupaciones patrias de Valera. Sus apreciaciones irán ocupando mayor espacio al hilo de la evolución de los acontecimientos. El escritor egabrense incide constantemente en señalar que la insurrección cubana costaría muchos hombres, recursos, dinero y pérdidas a España. A pesar de considerarse como un hombre optimista y de tener esperanza en una salida airoso para la honra patria, Valera advirtió que los esfuerzos realizados en la colonia serían baldíos.

La isla de Cuba no solo no generaba ni había producido ningún tipo de recursos al patrimonio nacional sino que, al contrario, era causa turbaciones y desazones con los sangrientos datos que llegaban de ella, apuntando como motivos de la debacle la falta de pericia bélica de los mandos militares como Martínez Campos, el héroe de Sagunto, o de Weyler, así como las pésimas políticas ejercidas sobre la isla y las injerencias y ayudas prestadas a los insurrectos por Estados Unidos que contrastaban con la pericia y éxitos de Polavieja en Filipinas.

Paralelamente a sus hondas preocupaciones sobre el destino de las colonias y la decadencia nacional, en un nutrido grupo de misivas el diplomático cordobés muestra su indignación y tribulaciones al reparar en el contraste entre el ocaso que está viviendo la nación, con todas las crisis y dramas que la acechaban, frente a la indiferencia con la que los acontecimientos eran vividos en suelo español, donde la sociedad civil y los poderes fácticos mantenían su estilo de vida conformista y despreocupado a la vez que se recreaban diariamente con bailes, divertimientos y tertulias como si los desastres patrios y el destino de España no les preocuparan lo más mínimo. “Aquí, a pesar de las poco favorables circunstancias, la gente no deja de divertirse. Tenemos bastantes tertulias y bailes. Anoche hubo una brillantísima en la embajada de Francia. Hoy ha estado espléndido el besamano; muchas damas, magnífica y elegantemente vestidas, y los personajes masculinos a millares” (Valera, 2007: 144).

Conforme se fueron precipitando los acontecimientos, mostró una mayor aflicción por los males patrios y la pérdida de poder nacional en la geografía internacional. Según desvela en su correspondencia con el barón de Greindl, la pérdida de Cuba, además de estar motivada por la

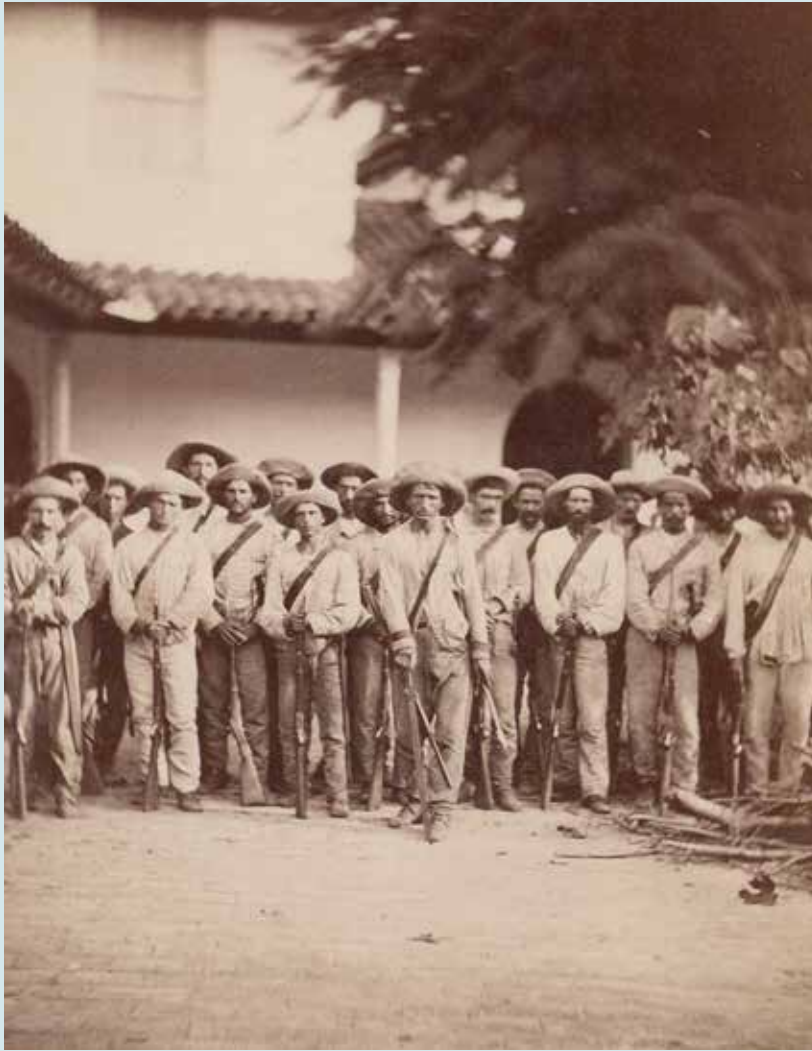
incompetencia política y la impericia militar, estuvo arrastrada por la intromisión y la ayuda estadounidense y la falta de apoyo de los principales países europeos. Por estas fechas, en 1896 había publicado un breve opúsculo: *Los Estados Unidos contra España*, firmado por “Un optimista”, en el que ensalzaba el patriotismo español a la vez que criticaba las malignas praxis y artimañas americanas contra España.

EL PAPEL DE ESTADOS UNIDOS. Las críticas a las malas artes, las injurias y provocaciones vertidas por el pueblo norteamericano y las formas de humillación impulsadas contra España pasaron a ser comentarios habituales en las cartas de Valera quien veía en la intromisión americana en Cuba, su soberbia e infamias y sus tribulaciones conspiratorias algunos de los motivos de la ruina nacional. Las injerencias, reclamaciones injustas y exigencias brutales de los estadounidenses encolerizaron a un hombre diplomático como Valera, que tachaba a los *yankees* como engreídos y orgullosos frente a la paciencia, humildad y falta de osadía nacional ni política ni militar: “(...) la insurrección no hubiera estallado ni hubiera tomado vuelo, ni hubiera tenido la importancia y duración que tiene sin el fomento y auxilio que le prestan los Estados Unidos, enviándole dinero, víveres, municiones,

armas, aventureros audaces y alientos y esperanzas de todo género. El cónsul americano Lee es en Cuba el jefe de los insurrectos. Había

El curso de las acciones sobre Cuba así como glosas en torno a las maniobras políticas y militares sobre el país antillano fueron los ejes centrales de las preocupaciones patrias de Juan Valera

Juan Valera



Biblioteca Nacional.

Cuba: muy negro veo el porvenir

■ Valera deseaba la finalización de la guerra en Cuba para evitar mayores gastos y pérdidas. “Muy negro veo el porvenir.(...) ya que Cuba no nos producirá nunca más que desazones, y ya que nuestros generales, aunque sean heroicos, carecen de habilidad, de don de imperio y de inspiración y estratégica, ¿por qué en vez de sepultar en la perla de las Antillas, tanto dinero y tantos pobres diablos de soldados (...) no ha-

bíamos de hacer paces con los ‘chiquitos’ cubanos, haciéndoles cargar con buena parte de la deuda y dándoles la libertad que desean (...) ? Esto sería lo más cómodo, lo más barato, lo más humano y lo más discreto. (...) Lo mejor, pues, sería resignarnos y ceder. Nuestra decadencia es inevitable y más rápida cada día (...)”.

Juan Valera, 2007, p. 95.

el pretexto de que no dábamos libertad a los cubanos, y al darles la autonomía, les hemos dado tanta libertad que solo la soberanía nominal nos queda. La isla se hubiera enseguida pacificado y todos los insurrectos hubieran a estas horas depuesto las armas, si los Estados Unidos no hubieran redoblado sus esfuerzos y maquinaciones para mantenerlos en la rebelión, bloqueando casi a Cuba con sus barcos, amenazándolos

con la intervención y enviando el *Maine* a La Habana” (Valera, 2007: 375).

A lo largo de 1898 fueron muchas las inquietudes anotadas sobre la postración de la nación y sus consideraciones sobre la raíz de los problemas que provocaron el hundimiento nacional. Se mostró muy crítico con las calumnias y conspiraciones norteamericanas reprochando que su abuso de fuerza y maquinaciones eran contra-

Grupo de militares de la contraguerrilla en uniforme de campaña durante la Guerra de Cuba (1895-1898).

rias a las luces, el progreso, la civilización cristiana y la fraternidad universal (Valera, 2007: 367).

A pesar de mostrar en un buen número de misivas su optimismo concretado en la aparición de un milagro, de una ayuda foránea o de un aliado contundente, conforme fue avanzando 1898 se fue percibiendo aún más su desencanto con respecto al curso de la guerra y la inevitable pérdida y declive español. Reiteró su deseo de un desenlace inmediato con el fin de que no se dejara en la ruina más absoluta al país. Fue consciente de que con la pérdida de las últimas colonias, España saldría aún más aislada, pobre y desasistida en el panorama internacional. Frente a esto, como posible solución, demandó insistentemente la ayuda de los estados europeos para pacificar la insurrección y auxiliar a España como país europeo frente a los Estados Unidos. Para él, la actuación política de las potencias europeas como Inglaterra, Alemania o Francia mostraba la pérdida de poder, la exclusión y el ostracismo de España fuera de sus fronteras, pero también el egoísmo, la falta de previsión y los nulos miramientos que las naciones occidentales trazaban con respecto a España, a la vez que aventuraba que estas actitudes ruines tendrían consecuencias adversas en el viejo continente.

A pesar de que Valera, no sin retórica implícita, se consideraba como un hombre de poca acción, sus reflexiones sobre el problema nacional no se centraron únicamente en las críticas, carencias y deficiencias que ocasionaron la debacle. En planteamientos próximos a postulados krausistas, institucionistas y regeneracionistas, el escritor cordobés deslizó propuestas de solución con las que combatir los males y alentar condiciones que favorecieran estímulos de recuperación.

Desde el punto de vista político, en consideraciones colindantes a las divulgadas años más tarde por Joaquín Costa en las conclusiones de su encuesta de 1902, según recoge Eloy Fernández en 1998, propuso una profunda regeneración de la clase política nacional de los últimos años al concebirla como una de los principales causantes de la quiebra: “Solo diré que, muerto Cánovas, la jefatura del partido conservador pertenece, en mi sentir, a Alejandro Pidal, con sumisión de Silvela y con

Juan Valera

Críticas a las maquinaciones norteamericanas

■ “Yo estoy alejado de la política, encerrado en mi casa, casi baldado, con dolores reumáticos y punto menos que ciego. Ignoro, pues, los secretos y manejos de la diplomacia. Pero así, casi a tientas y guiado por el mero sentido común, entiendo que las cinco grandes potencias continentales no solo son egoístas, sino imprevisoras, en no prestarnos con eficacia y de común acuerdo el apoyo que

digo y en el sentido que digo, a fin de que no perdiésemos más que las colonias menos Puerto Rico, sin hacernos cargar con la deuda de esas colonias perdidas y sin obligarnos a pagar una indemnización cuantiosa. Para eso, lo mejor será que acaben con la nacionalidad española y que se repartan a España. Por más que cavilo y hago examen de conciencia, no acierto a descubrir cuál

es el horrible pecado que hemos cometido y por el que Dios nos castiga tan severamente, por mano de los yanquis, apoyados a estos por los ingleses y envalentonados y engreídos por la inercia y la flaqueza de las grandes naciones de Europa”.
Correspondencia. Vol. VI. 1895-1899. L. Romero Tobar (ed.). Castalia, Madrid, 2007, p. 410.

exclusión de Romero Robledo, porque los partidos son como los árboles, que prosperan y dan más sazonados frutos no dejándoles todo el ramaje, sino podándolos bien y a tiempo. Tampoco sería nociva una buena poda en nuestro partido fusionista. Los jefes de uno y otro partido, a fin de alcanzar buen éxito y provechosas victorias, deberían imitar a Gedeón, que despidió a la mayoría de los soldados y se quedó con muy pocos, aptos para el oficio” (Valera, 2007: 315).

Como medida de superación del trauma nacional, insistió en la unión política nacional y en que la independencia de las colonias implicara que las deudas de estos países como las de Cuba, de las que España era fiadora, quedaran a cargo de las naciones independizadas (Galera, 1983: 391). Para él, en un momento de profunda zozobra y debilidad, canovistas y sagastinos, conservadores y liberales, deberían unir sus fuerzas con el fin de desarrollar políticas de unidad y para no entrar en discrepancias ni querellas sobre las causas y responsabilidades habidas sobre los males patrios que debilitarían aún más un país agónico: “(...) Dios dé valor a nuestros soldados para matar o para morir peleando y a nosotros para resistir las privaciones y la miseria que nos pueden venir encima. Y Dios nos dé además generosa serenidad de ánimo, para estar muy unidos y no echarnos la culpa unos a otros con antipatrióticas e inoportunas reminiscencias de los males que sobrevengan y que nuestra desunión puede hacer mil veces mayores. Si los carlistas salen pitando por un lado y si los republicanos salen pitando por otro, la intervención de los *yankees* en Cuba, no sólo estará justificada sino que pedirá a voces que los *yankees* intervengan también en la península para ponernos en orden” (Valera, 2007: 384). La postración requeriría una regeneración profunda que debía comenzar por lo personal antes que por lo colectivo mostrándose muy crítico con las

soflamas de redención general que comenzaron a lanzarse desde diferentes tribunas.

La concienciación nacional sobre el desastre debería poner un final categórico a las ideas imperialistas y los sueños de grandeza del pasado como punto de arranque de una nueva realidad y de la regeneración patria. España debía olvidar su potencia militar, económica y política pretérita, las gestas de sus grandes héroes y su histórica fama para pasar a ser consciente de su agónica y sangrante realidad presente como punto de fuga de la reconstrucción. El derrumbamiento material y moral de la patria requería un examen de conciencia colectiva, un proceso de introspección y un estudio psicológico colectivo del alma nacional. Cual Quijote la nación debía regresar y recluirse sobre sí, armarse de cristianas virtudes y buscar la paz como primera acción para la restitución: “Como carecemos de medios para sostener las colonias, hasta creo yo que ganaríamos perdiéndolas, y que España podría prosperar modestamente, olvidada de sus antiguos belicosos arrestos, y dedicándose a la agricultura y a otras artes de la paz, imitando a Don Quijote que, después de ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, determinó consagrarse a la vida pastoril y bucólica. Mas para eso se necesita que no nos destruyan, que no nos maten o que no nos expriman para sacarnos la poca sustancia que tal vez nos quede todavía” (Valera, 2007: 412).

Juan Valera fue testigo de excepción de una época convulsa en el contexto histórico nacional. Escritor comprometido con su tiempo y con su nación, en sus últimos años de vida no se sustrajo a disertar sobre los acuciantes problemas patrios ni a proponer soluciones desde dentro del sistema siendo su epistolario un fértil corpus documental desde el que conocer sus posturas y propuestas sobre los acontecimientos que le tocó vivir como los relacionados con las crisis y males finiseculares. ■

Regeneracionismo

■ “Lo que me revienta y me tiene ya casi harto es esta manía de regeneración que se ha apoderado de todo el mundo y que nos hace desatinar de doscientas mil maneras [...] lo que es conveniente y deseable es que cada cual se regenere individualmente como pueda y hasta donde pueda”.

Correspondencia, Juan Valera, 2007, p. 473.

Más información:

■ Fernández, Eloy

“El pensamiento y la obra de Joaquín Costa”, en *Working Papers: Institut de Ciències Polítiques i Socials*, nº. 145, 1998.

■ Galera Sánchez, Matilde

Juan Valera, político. Diputación de Córdoba y Ayuntamiento de Cabra, 1983.

■ Ganivet, Ángel

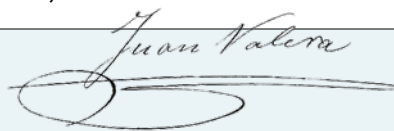
Idearium español. Tip. Lit. Vda. e Hijos de Sabatel, Granada, 1897.

■ Romero Tobar, Leonardo

“Valera ante el 98 y el fin de siglo”, en AA.VV., *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*. Fundación Duques de Soria-Visor Libros, Madrid, 1998, pp. 91-116.

■ Valera, Juan

- ▶ *Correspondencia*. Vol. VI. 1895-1899. L. Romero Tobar (ed.). Castalia, Madrid, 2007.
- ▶ *Correspondencia*. Vol. VII. 1900-1905. L. Romero Tobar (ed.). Castalia, Madrid, 2008.





Juan Valera y Martín Belda

Dos actitudes ante la política del siglo XIX

Bien notoria es la figura de don Juan Valera y Alcalá-Galiano entre nuestros literatos del siglo XIX, por su obra literaria. Aunque también se nos muestra en otras facetas a lo largo de su vida. Además de la diplomacia, ejerció el periodismo y la política. Es de esta última faceta de su biografía de la que nos ocuparemos en esta ocasión. A la vez, cotejaremos su trayectoria política con la de otro político del reinado de Isabel II: don Martín Belda, primer marqués de Cabra.

JOSÉ MARÍA GARRIDO ORTEGA

Nacidos y criados ambos en Cabra en fechas cercanas, Martín Belda en 1820 y Juan Valera en 1824, sus orígenes familiares eran desiguales. Juan Valera había nacido en el seno de dos linajudas familias de la pequeña nobleza rural asentada entre Cabra y Doña Mencía. La madre, doña María Dolores Alcalá-Galiano y Pareja, ostentaba el título de marquesa de la Paniega. El padre, don José Valera y Viaña, brigadier de la Marina, sufrió persecución política a comienzos del reinado de Fernando VII “por adicto al sistema constitucional”, por lo que se le mantuvo preso durante un año.

La familia de Martín Belda, procedente de Bocairente, se había establecido una generación anterior en Cabra como comerciantes de paños. Vendedores de mantas, se le recordaría a Belda en un debate parlamentario para reprocharle su origen humilde.

Valera recibió la primera educación elemental en la villa de Doña Mencía, donde residía casi todo el año su familia. Belda, por su parte, cursó estudios elementales en las Escuelas de la Obra Pía de Cabra. Ninguno de los dos estudió en el prestigioso Colegio de Humanidades existente en Cabra.

Valera dejó de vivir “en su lugar”, como gustaba decir al referirse indistintamente a Cabra y Doña Mencía, apenas cumplidos los diez años. Con motivo de haber sido nombrado su padre jefe político de la provincia de Córdoba, tras otro corto destino político en Madrid, don José fue designado comandante del Tercio Naval de Málaga y director del Real Colegio Naval de San Telmo. Juan Valera,

por ser hijo de oficial de Marina, tenía derecho a una plaza en el Colegio de Artillería, pero los padres no deseaban que se hiciera militar, dado que la política había ocasionado al padre demasiadas desazones. Así, se optó a que Juanito ampliara su formación en el Seminario Conciliar de Málaga; por supuesto sin ningún propósito de iniciar una carrera eclesiástica. Prosiguió su formación en la Universidad de Granada para emprender los estudios de Jurisprudencia, que concluyó en la Central de Madrid.

Muy joven, con quince años, hacia 1835, Belda marchó a Madrid. Comenzó de modestísimo escribiente en el despacho de un afamado abogado y político, Antonio Benavides, en cuyo despacho conoció a otro político relevante del momento, Luis Sartorius, conde de San Luis, tomándole éste como escribiente particular y haciéndole oficial auxiliar del Ministerio de la Gobernación. Seguidamente pasó a escribiente en el Ministerio de Marina, siendo don Antonio Valera y Viaña subsecretario de dicho ministerio. Desde este momento inicia una vertiginosa promoción social y una audaz carrera como marino, sin llegar a navegar jamás. Sucesivamente es nombrado capitán, teniente coronel y coronel honorario de artillería de Marina.

Cuando Valera marchó a Madrid llegó en condiciones distintas a las de su paisano Belda. Iba provisto de cartas de presentación que le abrieron las puertas de los salones aristocráticos, como los de la

condesa de Montijo o los duques de Rivas y Frías. En las tertulias de dichos salones pronto destacó por su buena planta, su esmerada educación y su incipiente y destacada formación cultural.

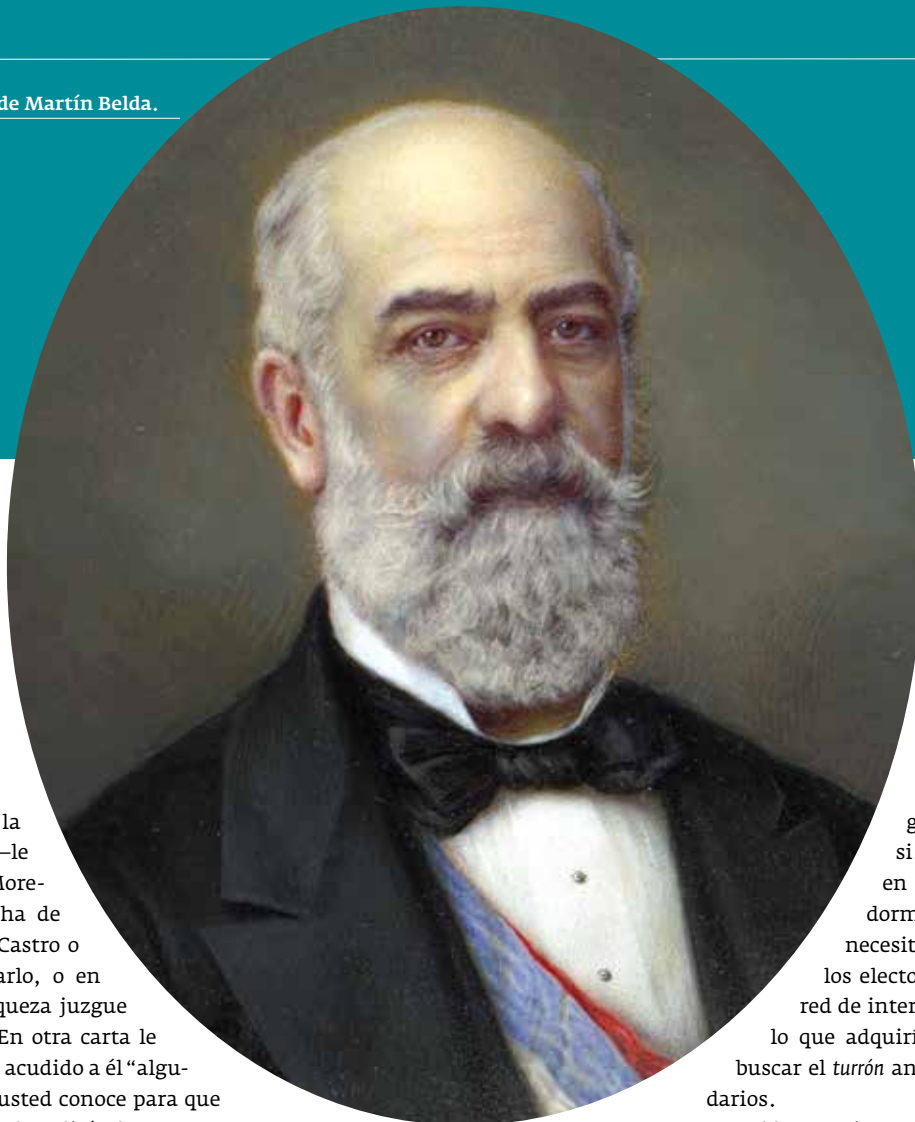
ELECCIONES. Corría el año 1847 cuando Belda se dispuso a presentarse a unas elecciones del distrito electoral de Cabra. La Constitución de 1845 había establecido el voto censitario, por lo que únicamente reconocía el derecho al sufragio a los mayores contribuyentes de más de veinticinco años. El distrito electoral de Cabra solamente contaba con 253 electores, residentes en las poblaciones de Cabra, Baena, Castro del Río y Doña Mencía.

Carente de experiencia política, sin méritos que alegar, sin influencias suficientes en el distrito electoral al que aspiraba, sin trayectoria pública de relevancia, sin lazos familiares de notabilidad social... presentar su candidatura parecía responder a una insensata osadía juvenil. A no ser que el candidato contara con el beneplácito del gobierno y con el amparo de personas influyentes en el distrito. Pues bien, en aquella coyuntura el joven Belda contaba con el apoyo de su protector Antonio Benavides, que a la sazón ocupaba la cartera de Gobernación.

La carencia de experiencia electoral y, por tanto, el desconocimiento de los entresijos caciquiles a poner en práctica ante unos comicios condujo al candidato a de-

jarse aconsejar por el alcalde de Doña Mencía, Francisco Moreno Ruiz, perito en asuntos electorales, dada su precocidad políti-

Valera tenía derecho a una plaza en el Colegio de Artillería, pero sus padres no deseaban que se hiciera militar, dado que la política ya había ocasionado a su progenitor demasiadas desazones



Biblioteca Nacional.

ca: “quisiera saber la opinión de usted —le escribía Belda a Moreno— respecto a si ha de hacerse Sección en Castro o Baena para asegurarlo, o en fin lo que con franqueza juzgue más conveniente”. En otra carta le revelaba que habían acudido a él “algunos personajes que usted conoce para que nombrara comisario de Policía de Baena a cierto sujeto que no está bien con usted y me negué rotundamente a ello”. Los jefes de la policía, y no digamos los jueces, eran personajes clave en los engranajes de control de los procesos electorales y también de la política local.

Las elecciones se celebraron en octubre de 1847, con un gabinete presidido por el general Narváez y con Luis Sartorius en Gobernación, jefe éste de la facción del Partido Moderado de “los polacos” a la que pertenecía Belda. Con lo cual su victoria estaba cantada.

Entre los notables del distrito y el diputado se establecía una estrecha vinculación política nacida de intereses clientelares complementarios, más que de semejanzas ideológicas. En el epistolario Belda-Moreno, desde la primera carta, se aprecia la ausencia de contenido ideológico en la relación política establecida entre ambos. Los propósitos del diputado quedaban claros al formular las pautas que le guiarían en su actividad política como representante del distrito de Cabra: “Si usted se penetra de mis intenciones y comprende que más que las cuestiones políticas me ocuparán a mí los

negocios particulares de esos pueblos y los intereses privados de todos mis amigos, no tendrá ningún inconveniente en contar conmigo para todo cuanto le pueda ocurrir y desear, en la inteligencia de que con más gusto que yo no le servirá nadie y que lo que no haga será porque absolutamente me faltan medios para ello”.

Preguntémonos ¿de qué cualidades estaba dotado Belda para afianzarse en la política? Digamos que casi exclusivamente de una principal, que nada tenía que ver con el estudio, la formación o las convicciones políticas. Me refiero a su prodigiosa habilidad para conseguir y repartir en abundancia el ansiado *turrón* entre sus insaciables paisanos, y especialmente entre los que poseían reconocido el derecho al sufragio. En la época se denominaba *turrón* a los favores y prebendas repartidos por los personajes influyentes entre sus panaguados y amigos. Quien llegaba al Con-

greso por primera vez, si deseaba arraigarse en el escaño no podía dormirse en los laureles, necesitaba afianzarse entre los electores desplegando una red de intereses clientelares, por lo que adquiría el compromiso de buscar el *turrón* anhelado por sus partidarios.

Belda, gracias a su prodigiosa habilidad para repartir *turrón* a manos llenas entre sus partidarios, logró salvar los escollos que se le presentaron cuando no gozaba de las simpatías del gobierno de turno. En las demás convocatorias electorales del reinado de Isabel II, a excepción de en una, siempre revalidó su condición de diputado por Cabra, de tal manera que fracasaban quienes rivalizaban con él.

Mientras Belda escalaba peldaños en sus empleos, Valera inició la carrera diplomática en 1847, al llevarlo el duque de Rivas de agregado a su embajada ante el Reino de Nápoles. De vuelta a Madrid en 1850, sopesaba si dedicarse a la política o al periodismo. A la sazón ocupaba la presidencia del Consejo de Ministros el general Ramón Narváez, duque de Valencia, adalid del Partido Moderado, cuyas directrices políticas resultaban bastante autoritarias y represivas. Valera, antes de zambullirse en la política, prefería aguardar a la vuelta de los progresistas al poder, al considerar el ideario de estos más cercano a su visión

de la política. Sin embargo, algo le contuvo el padre en sus ideales de juventud, aconsejándole que no se precipitara y no se

Cuando Valera marchó a Madrid, lo hizo en condiciones distintas a las de su paisano Martín Belda. Iba provisto de cartas de presentación que le abrieron las puertas de los salones aristocráticos

Juan Valera

CABRA (Córdoba) -- Calles de San Martín y Tovalina



Aconsejado por su padre, Valera renunció a presentarse a las elecciones por Cabra.

mezclara con los progresistas, pues bastantes desengaños le habían originado a él sus incursiones en la política.

Aconsejado por su padre Valera renunció a presentarse por Cabra: “Te diré que es más fácil sacarte a miembro de la Cámara de los Comunes de Inglaterra que diputado por Cabra. Ni tú ni ningún otro podrán reemplazar a Belda”. Así, decidieron en familia presentar su candidatura por el distrito de Málaga. Sopesaba el joven Valera, candorosamente, presentar su candidatura como progresista: “porque esto de salir diputado con apoyo del gobierno tiene para mí mucho de desagradable” —confesaba al padre—. A lo cual este le replicó que ello le conduciría al fracaso, a la vez que trataba de corregirle su inclinación hacia la izquierda del sistema.

Valera recurrió a Belda, pese a que era reacio a pedir favores a su paisano, y haciendo de tripas corazón acudió al Ministerio de la Gobernación a recabar su apoyo para las elecciones. Y como le diera largas sin comprometerse a nada, sentenció: “Belda es un presumido mentecato”. Ni que

decir tiene que Valera fracasó de nuevo en su intento de llegar al Congreso.

En junio de 1854, tras el levantamiento de la Vicalvarada, se inicia el Bienio Progresista, al entregar Isabel II el gobierno al general Espartero. Con lo cual Belda se vio obligado a apartarse de la política activa. Hasta sus partidarios lo abandonaron. El mismísimo Moreno Ruiz se pasó al progresismo, se hizo diputado provincial, y como comandante de la Milicia Nacional se fue a Madrid a comprar 250 fusiles para las compañías de la milicia local de Doña Mencía, con 20.000 reales de los fondos del Pósito y otros de su propio bolsillo. Convocadas nuevas elecciones en octubre de 1854, Belda, con la tenacidad que le caracterizaba, luchó denodadamente por revalidar el escaño, aunque abandonado por bastantes de sus fieles amigos y paniaguados, al no esperar ahora de él el succulento *turrón*, sufrió su primer y único fracaso electoral durante el reinado de Isabel II.

TERCER INTENTO FALLIDO. Justamente es ahora, con la llegada de los progresistas al poder, cuando Juan Valera intenta, por tercera vez, hacerse diputado. El completo respaldo de sus medio paisanos menciaños, incluyendo a Moreno Ruiz que había abandonado a Belda, y el relativo respaldo de los egabrenses, no fueron suficientes para llevar a Valera al Congreso, quedando situado muy lejos de los triunfadores.

Tras el fracaso del Bienio Progresista en octubre de 1856 Isabel II llamó a Narváez y le encargó la formación de un nuevo gabinete, con lo cual los moderados volvían al poder. De nuevo había llegado la hora de Martín Belda, y para retomar el control de sus redes clientelares lo primero que hizo fue olvidar tantas deserciones de amigos como había tenido durante el Bienio Progresista, empezando por su antiguo hombre de confianza en su distrito, Francisco Moreno Ruiz. Restablecidas sus alianzas con los caciques del distrito de Cabra, en las elecciones de marzo de 1857, de los 561

electores inscritos, 379 entregaron su voto al único candidato: Martín Belda.

Valera en las mismas elecciones se presentó por el

**¿De qué cualidades estaba dotado Martín Belda para la política?
Solo de su prodigiosa habilidad para conseguir y repartir en
abundancia el ansiado 'turrón' entre sus insaciables paisanos**

Juan Valera

distrito de Archidona en el que Freuller era uno de los grandes propietarios. Si bien, en plena campaña electoral, su mismo hermano le abandonó. Al formalizar un pacto con José Lafuente Alcántara, uno de los caciques de aquel distrito, intercambiando sus votos por el nombramiento “a su gusto” de los jueces de paz y el Ayuntamiento de Archidona. Como no podía ser de otra manera salió elegido diputado Lafuente.

Solamente había transcurrido un año desde el nombramiento de Narváez cuando se produjo su caída. Seguidamente el general Leopoldo O'Donnell cumplía el encargo de Isabel II de formar gobierno. Era el dirigente indiscutible de la Unión Liberal, un partido calificado de centro. Belda, sin alterar su trayectoria política, lógicamente, quedó fuera de la Unión Liberal, al permanecer vinculado a los sectores más inmovilistas y conservadores del moderantismo.

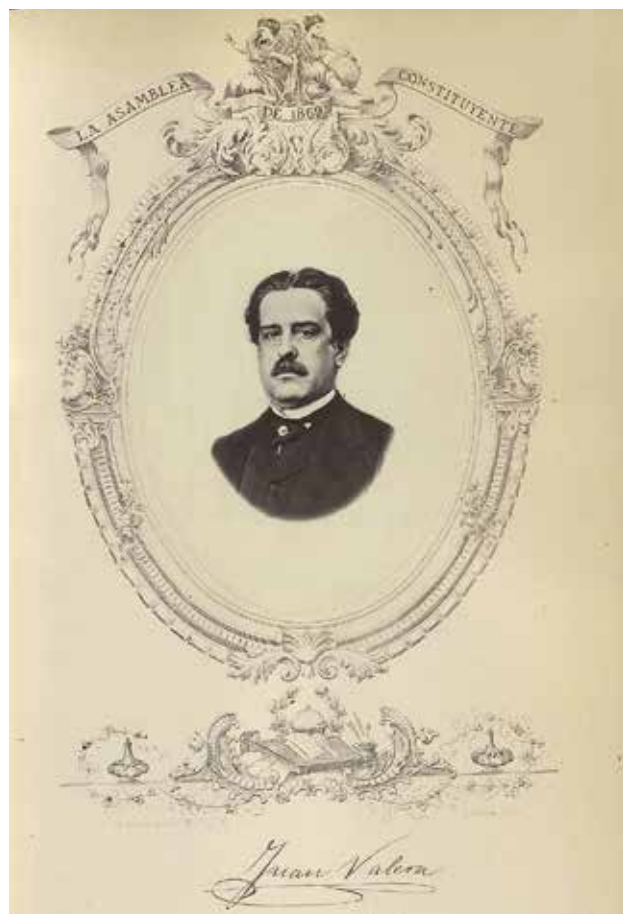
Durante la campaña electoral de aquellas elecciones de 1858 el gobierno, por medio del gobernador civil, ejerció una inusitada presión sobre los partidarios de Belda. Se destituyó al alcalde de Baena y se le procesó, conduciéndole la Guardia Civil a Córdoba tres días antes de las elecciones, y allí se le retuvo unos días. Igualmente, se destituyó al alcalde Francisco Moreno Ruiz y se abrieron expedientes por infracciones fiscales a todos los miembros de la corporación de Doña Mencía. En Cabra no se tomaron medidas tan violentas, pues ocupaba la alcaldía Francisco Alcalá y Lumbreras “Don Paco”, reconocido enemigo de Belda; si bien, se destituyó al director del Instituto, Juan de la Corte Ruano, y se le conminó a que en veinticuatro horas abandonara la población. En fin, las secciones de Castro del Río y Doña Mencía se suprimieron para entorpecer aún más las votaciones de los partidarios de Belda, que deberían acudir a Córdoba para depositar su voto. Con todo, Martín Belda logró vencer por 293 votos frente a los 143 que obtuvo el contrincante ministerial, Carlos Ramírez de Arellano.

Es precisamente en estas elecciones de 1858 cuando Juan Valera accede por primera vez al Congreso de los Diputados, con cierto apoyo del gobierno, pero no por Cabra, que siempre fue su anhelo incumplido. Salió diputado por el distrito de Archidona

con el decisivo apoyo de Freuller. Todavía no había tomado posición del escaño y ya le apremiaba Freuller para que arrancase al gobierno la sustitución de los jueces y fiscales del distrito de Archidona por otros propuestos por él. Empeño en el que fracasó. De resultados de múltiples gestiones políticas fallidas se enfriaron las relaciones entre ambos hermanos, pues tanto Freuller como los notables del distrito de Archidona empezaron a achacarle su poca maña para sacarle al gobierno el consabido *turrón*, fundamento último y sostén de los entresijos del sistema caciquil.

Resulta interesante que nos ocupemos de la participación de nuestros protagonistas en el Gobierno de Narváez de septiembre de 1864. En el que a Antonio Alcalá-Galiano, hijo del marino egabrense Dionisio Alcalá-Galiano, se le encomendó la cartera del Ministerio de Fomento. A la vez este confió a Martín Belda la dirección general de Obras Públicas, y a su sobrino Juan Valera la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio. Tras dichos nombramientos, escribía Valera a Moreno: “Anhelo que esto no se lo lleve el diablo por interés propio y por interés de partido. Espero que Martín y yo nos llevaremos perfectamente y seremos modelo de compañeros. Ya se convencerá Martín de que no soy enteramente tonto para las cosas del mundo, aunque soy poeta y literato, y me dará parte en el reparto general del *turrón* y no se meterá en repartir el mío”.

Lo cierto es que Valera no se daba maña para sacarle el *turrón* a los que lo podían repartir, ni iba con su carácter mendigarlo. Parecía buscar la cuadratura del círculo de



Retrato de Juan Valera, diputado por Montilla (1869).

la política de su época, obtener *turrones* sin mendigarlos. Al confesar sus agobios para surtir de *turrón* a sus electores no dejaba de compararse con Belda. Valera, orgulloso, intelectual al cabo, era reacio a rebajarse ante nadie para suplicar favores. Y así, poco *turrón* atrapaba. Sostenía que los políticos “lo que anhelan es seguir mandando de cualquier modo”, olvidándose de sus principios, si es que los tenían. Como hemos tenido oportunidad de observar, Juan Valera mantenía una trayectoria distinta a la de Martín Belda, pues trataba de ajustar su comportamiento público a sus convicciones políticas. ■

Más información:

■ Galera Sánchez, Matilde

Juan Valera, político.

Diputación Provincial de Córdoba, 1983.

■ Garrido Ortega, José María

▶ Martín Belda, un político al servicio de Isabel II. Universidad de Córdoba y Ayuntamiento de Cabra, 2004.

▶ Vida y Obra de Jan Valera (1824-1905). Cabra, edición del autor, 2008.

Lo cierto es que Valera no se daba maña para sacarle el 'turrón' a los que lo podían repartir. Parecía buscar la cuadratura del círculo de la política de su época, obtener 'turrones' sin mendigarlos

Juan Valera



Lozano Sidro interpreta la novela *Pepita Jiménez*

Las ilustraciones de Lozano Sidro como versión etnográfica

Si una gran novela se publica acompañada de ilustraciones que la interpretan y la sitúan en el escenario en el que transcurre la acción, la obra literaria puede quedar engrandecida por esa otra visión de la misma realidad. A lo largo de la historia ha ocurrido en ocasiones; por ejemplo, esa confluencia genial entre *El Quijote* escrito por Cervantes y los dibujos que realizó Gustave Doré. Es otro estilo y otra época, pero las ilustraciones de Lozano Sidro para *Pepita Jiménez* son también una cumbre en la ilustración española: reflejo fiel del espíritu y del escenario de la novela.

MIGUEL FORCADA SERRANO

DIRECTOR DEL MUSEO ADOLFO LOZANO SIDRO

La novela *Pepita Jiménez* de Juan Valera y Alcalá-Galiano es considerada como una obra maestra de la literatura española en el siglo XIX. El número de ediciones realizadas desde su publicación y su traducción a muchos idiomas así lo acreditan. Sin embargo, a la hora de analizar su contenido y sus formas, los críticos nunca se han puesto de acuerdo sobre el género o tendencia al que debe adscribirse esta obra. ¿Se trata de una novela psicológica, realista, de tesis, costumbrista, modernista, romántica?

Juan Valera rechazó siempre que su novela pudiera encasillarse en alguno de estos apartados y ya en el prólogo a la edición de 1875 dejó claro que "... al escribir *Pepita Jiménez* no tuve ningún propósito de demostrar esto o de impugnar aquello; de burlarme de un ideal y de encomiar otro; de mostrarme más pío o menos pío. Mi propósito se limitó a escribir una novela de entretenimiento. Si la gente se ha entretenido un rato leyendo mi novela, lo he conseguido y no aspiro a más".

Vamos a dedicar este artículo a identificar y comentar esos aspectos costumbristas o etnográficos de *Pepita Jiménez*, y a comprobar cómo los interpretó Lozano Sidro quien, además de conocer la ciudad de Cabra, llevaba desde los primeros años del siglo XX pintando escenas de la vida de las clases populares de Andalucía y realizando ilustraciones (de variadísima temática) para la revista *Blanco y Negro*, la más conocida y leída en aquella época.

EL escenario en el que Juan Valera mueve a sus personajes y los detalles de tipo costumbrista en los que detiene su descripción son los siguientes: un entorno físico compuesto de huertas, olivares y sierras

cercanas a la población; una casa típica de la pequeña burguesía de la Andalucía rural del siglo XIX; la decoración de la casa; el vestuario de sus habitantes; la ocupación de los tiempos de ocio y de trabajo; las fiestas populares; y como fondo permanente, el vocabulario de la Andalucía rural de aquellos tiempos.

La descripción del entorno físico aparece ya en las primeras páginas de la novela: "Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas". Y describe el novelista los arroyos de agua cristalina y la vegetación que crece en sus orillas, la arboleda y las "flores de mil clases" que tanta admiración causan al seminarista. Habla también de los olivares y de las altas sierras en cuya cumbre se halla la ermita, pero no se detiene demasiado en descripciones paisajísticas. Lozano Sidro interpreta el entorno en dos de sus ilustraciones, la segunda y la décima, aunque tampoco parece que la naturaleza sea su prioridad.

LA CASA. No ocurre lo mismo con la vivienda como escenario inmediato de la acción, ni con la decoración de la misma, que Valera describe de forma prolija y afán detallista. Comienza así: "Todas o la mayor parte de las casas de los ricos lugares de Andalucía son como dos casas en vez de una, y así era la casa de Pepita. Cada casa tiene su puerta. Por la principal se pasa al patio enlosado y con columnas, a las salas y demás habitaciones señoriales; por la otra a los corrales, caballeriza y cochera, cocinas, molino, lagar, graneros, trojes...". Enumera de forma exhaustiva los lugares interiores en los que se producen o guardan los productos del campo: el

aceite, el mosto, el "vino de quema" o el aguardiente y el trigo; y para ambientar otra escena se ocupa del patio de la casa, "enlosado de mármol", con fuente y surtidor en medio y la galería, sostenida por columnas, desde la que se accede a distintas salas de la vivienda...

El ilustrador, que vivió en Priego en una casa señorial, propiedad de su hermana Amelia y de su cuñado Alfredo, no refleja la estructura de la casa pero sí la entrada (ilustración 1) en la que se observa un patio de columnas similar al descrito por el novelista.

También se representa (ilustración 2), el exterior de la casa, su fachada a la calle, respondiendo a la frase: "...pasamos por la casa de Pepita, quien de algún tiempo a esta parte se va haciendo algo ventanera y estaba a la reja, en una ventana baja, detrás de la verde celosía". Portada de piedra roja de la sierra de Cabra, en aquellos tiempos de uso frecuente, hoy prohibido; las ventanas protegidas con reja y con celosías de madera en color verde, que todavía pueden encontrarse en algunos pueblos de la zona.

Sobre la decoración de estas salas el escritor es igualmente detallista: "Las paredes se veían adornadas con cuadros que eran estampas de asuntos religiosos; pero con el buen gusto, inaudito, raro, casi inverosímil en un lugar de Andalucía, de que dichas estampas no fuesen malas litografías francesas, sino grabados de nuestra calcografía". Habla también de los muebles, las cortinas y hasta del forro de los sillones y butacas, que son "de tela de algodón pintada de flores". Lozano Sidro aborda esos interiores magníficamente decorados y podríamos decir que incluso

Adolfo Lozano Sidro (Priego de Córdoba, 1872-1935)

■ Comenzó sus estudios de pintura en Málaga, donde su padre ejercía como magistrado, bajo la dirección del pintor José Moreno Carbonero. Entre 1890 y 1894 vivió en Granada donde su padre, empeñado en que estudiara la carrera de Derecho, lo había matriculado en dicha Facultad; pero Adolfo no asis-

tía a clase y a cambio se unió al grupo de pintores y escritores que lideraba el filósofo y diplomático Ángel Ganivet. Decidido a hacer de la pintura su vida, en 1894 se traslada a Madrid donde termina su formación con Moreno Carbonero y en el taller de Joaquín Sorolla. Hacia 1904 empieza a colaborar como

ilustrador en la revista *Blanco y Negro* y en el periódico *ABC*, trabajo que mantendrá hasta poco antes de su muerte en 1935. Esa dedicación no impidió que Lozano Sidro realizara numerosos retratos y obras de libre creación, con las que obtuvo distinciones en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes.

intenta superar al escritor en la minuciosidad de las imágenes. Así, en la ilustración 3 vemos esos muebles, las litografías que, perfectamente enmarcadas, cuelgan de las paredes; el pintor añade una estera de esparto, un brasero de cobre sobre plataforma de madera, y el borde oscuro de una chimenea; sobre una pequeña esquinera luce, entre dos minúsculas macetas, una campana de cristal que protege un reloj.

Pero el conjunto de objetos más interesante que describe Valera en el interior de la casa de Pepita es ese altar del Niño Jesús (ilustración 4): “En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio donde resplandece un niño Jesús de talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con manto azul lleno de estrellitas de oro, y todo él está cubierto de dijes y de joyas. El altari- to en que está el niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, y en el altar mismo, que tiene gradas o escaloncitos, mucha cera ardiendo”. Se trata de un objeto decorativo, pero sobre todo religioso y costumbrista (por la tradición de tener en los hogares pequeñas imágenes y símbolos religiosos), que Lozano Sidro pinta con calidad sobresaliente. El pintor completa la detallada descripción de Valera con las cornucopias, la alfombra y las figuras de las dos mujeres que renuevan las flores del retablo.

VESTUARIO Y COMIDAS. Hablemos ahora del vestuario. Tanto en el masculino como en el femenino, hay que distinguir entre el de majo o maja, el de las criadas y el de señorito o señorita.

“Las criadas, —escribe Valera— lindas muchachas... vestidas a lo rústico si bien con mucha pulcritud y elegancia. Llevan trajes de percal de vistosos colores, cortos y ceñidos al cuerpo, pañuelos de seda cubriendo las espaldas y descubierta la cabeza, donde lucen abundantes y lustrosos cabellos negros, trenzados y atados luego, formando un moño en figura de martillo, y por delante rizos sujetos con sendas horquillas, por acá llamados caracoles. Sobre el moño o castaña, ostentaba cada una de estas doncellas un ramo de frescas rosas”. El pintor reproduce ese vestuario en varias láminas.

En el vestuario masculino, Valera es más parco en detalles. A don Gumersindo, “... de tiempo inmemorial se le conocía la misma capa, el mismo chaquetón y los mismo pantalones y chaleco”. Lozano Sidro da mayor vistosidad a ese vestuario añadiendo unas botas altas, un fajín y una hermosa corbata roja. Para los majos, el pintor presenta una estampa que nos recuerda al traje de luces de los toreros: pantalón ajustado, chaquetilla corta y sobre la cabeza, un sombrero llamado “catite” de origen tal vez rondeño en época goyesca (ilustraciones 2, 5, 7 y 8).

Nos ocupamos ahora de las comidas. Valera describe con especial detalle los dulces y golosinas que aparecen como obsequios, en los postres, durante las tertulias y en las fiestas. “No hay familia conocida que no me haya enviado algún obsequio. Ya me envían una torta de bizcocho, ya un cuajado, ya una pirámide de piñonate, ya un tarro de almíbar.” Y en otro episodio: “La tertulia continuó hasta las 12 y hubo refrescos, esto es, tacillas de almíbar, y por último, chocolate con torta de bizcocho y agua con azucarillos” (ilustración 6). Y don Pedro, siguiendo viejos hábitos, termina así la sobremesa: “Luego que acabó de fumar un buen cigarro habano de sobremesa acompañándole con su taza de café y su copita de aguardiente de anís doble... se fue a dormir sus dos o tres horas de siesta”.

TIEMPO DE OCIO. Los tiempos de trabajo y de ocio son también muy característicos. El trabajo de los campesinos consiste en “... binar lol majuelos, arar los olivares y cavar los pies a los olivos”, o en “clarificar el vino de varias pipas de la condiotera, y trasegar otros...”. Pero también están los artesanos, por ejemplo, “el maestro Ciencias componía un husillo de lagar, arreglaba las ruedas de una carreta o hacía un arado”.

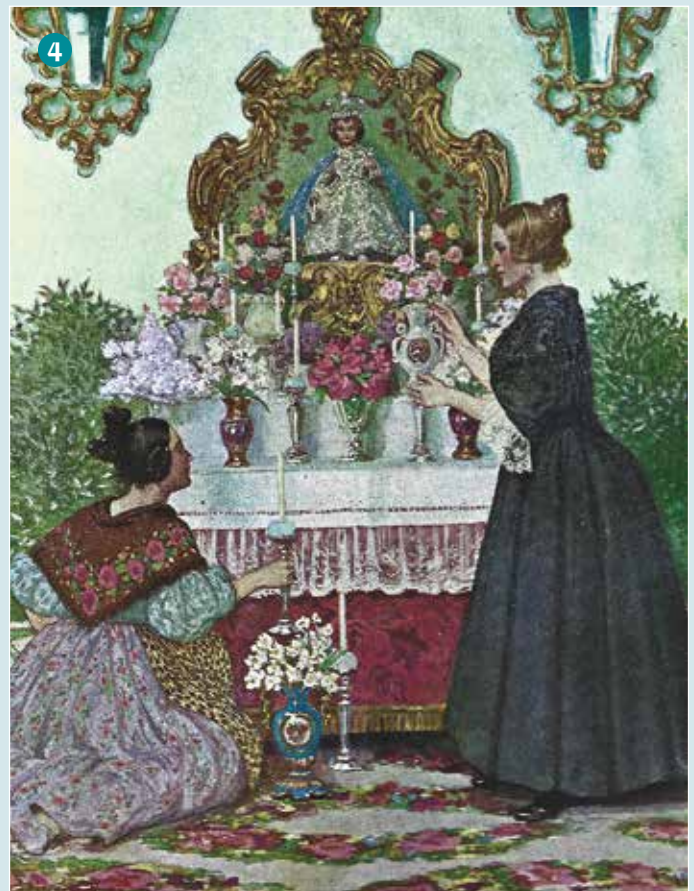
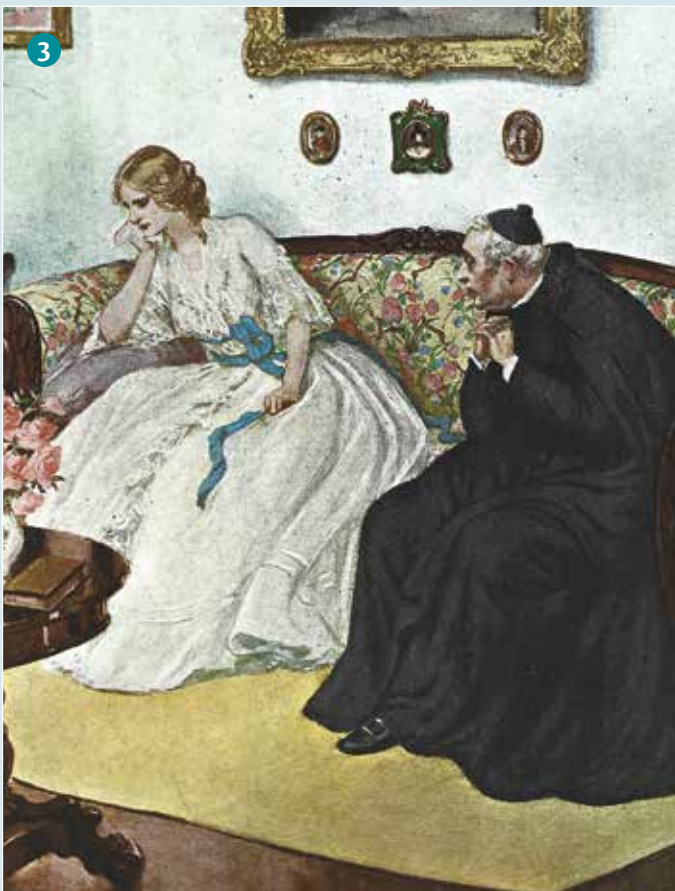
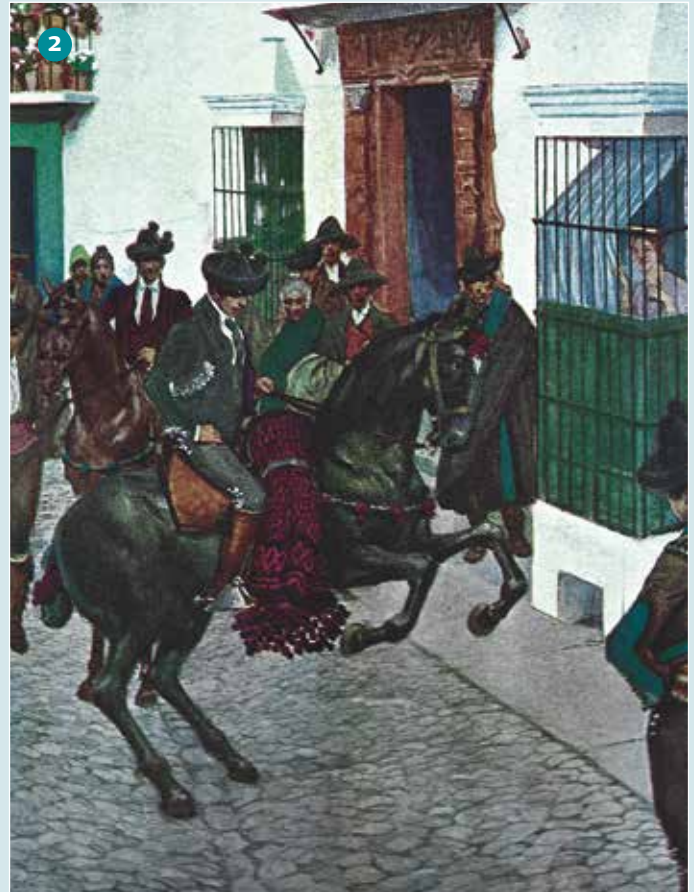
El argumento de la novela hace posible una mayor atención a los momentos de

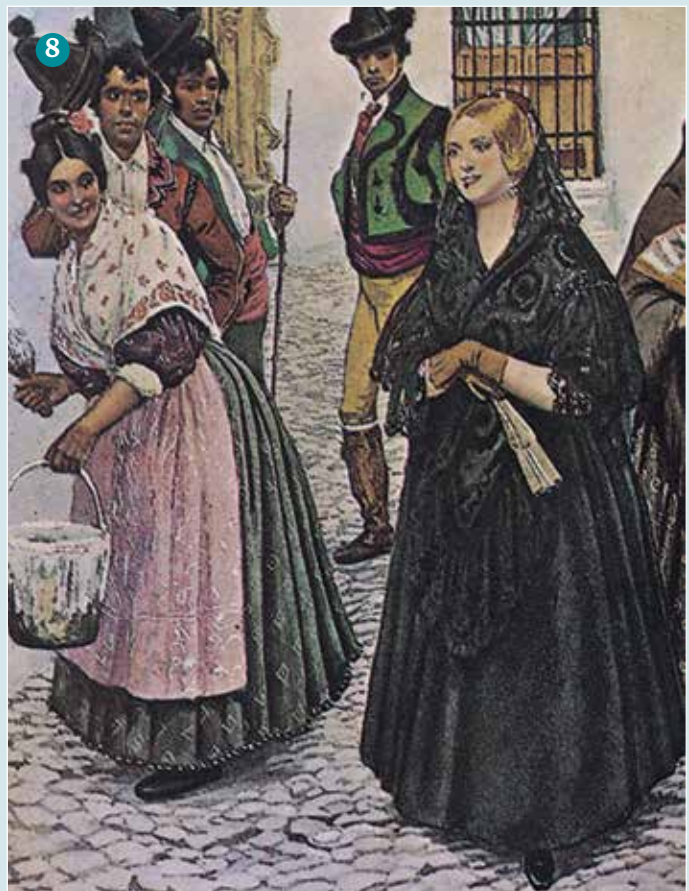
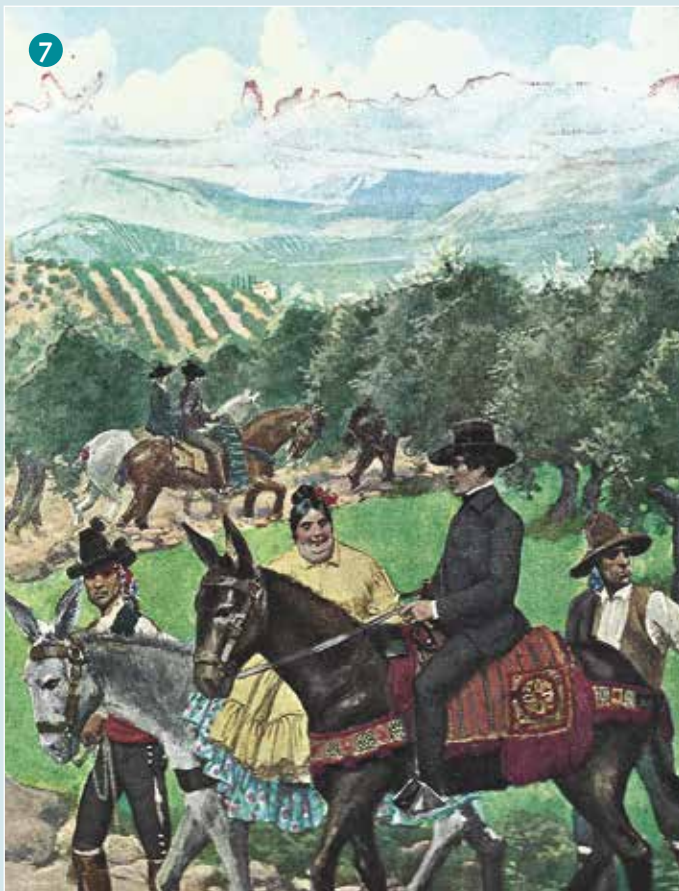
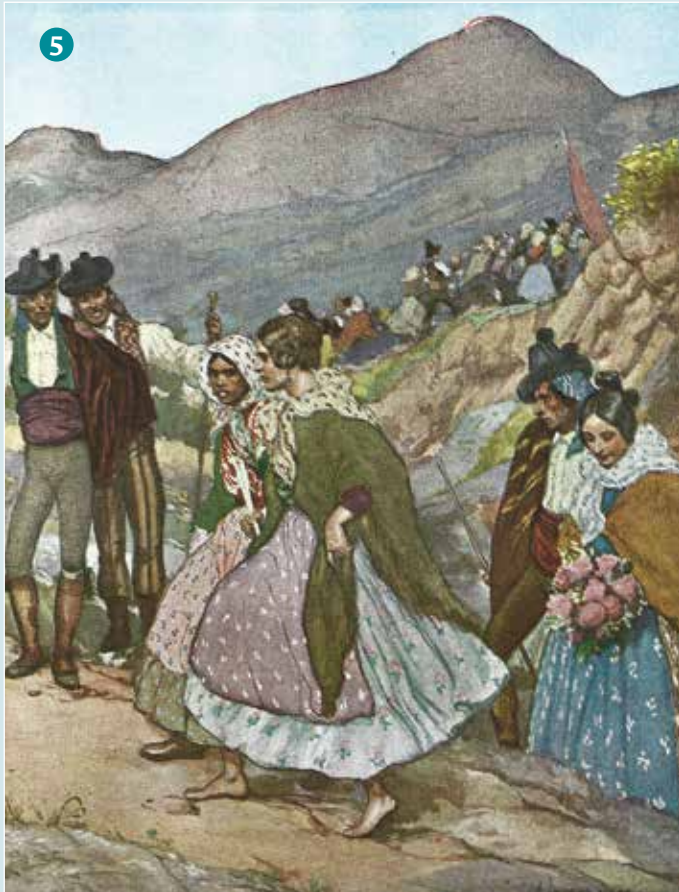
Elogios de la crítica

■ La prensa especializada de la época y los propios artistas elogiaron de forma unánime el trabajo realizado por Lozano Sidro. En el diario *El Liberal* de Madrid apareció una crónica firmada por L.P.B. en la que se decía: “Tan legítima es la fama de que goza el artista y tan relevante su personalidad, que una vez escrito el nombre de Lozano Sidro, están de más los adjetivos encomiásticos. (...) Las escenas más culminantes que se van sucediendo en la novela del gran maestro de las letras españolas,

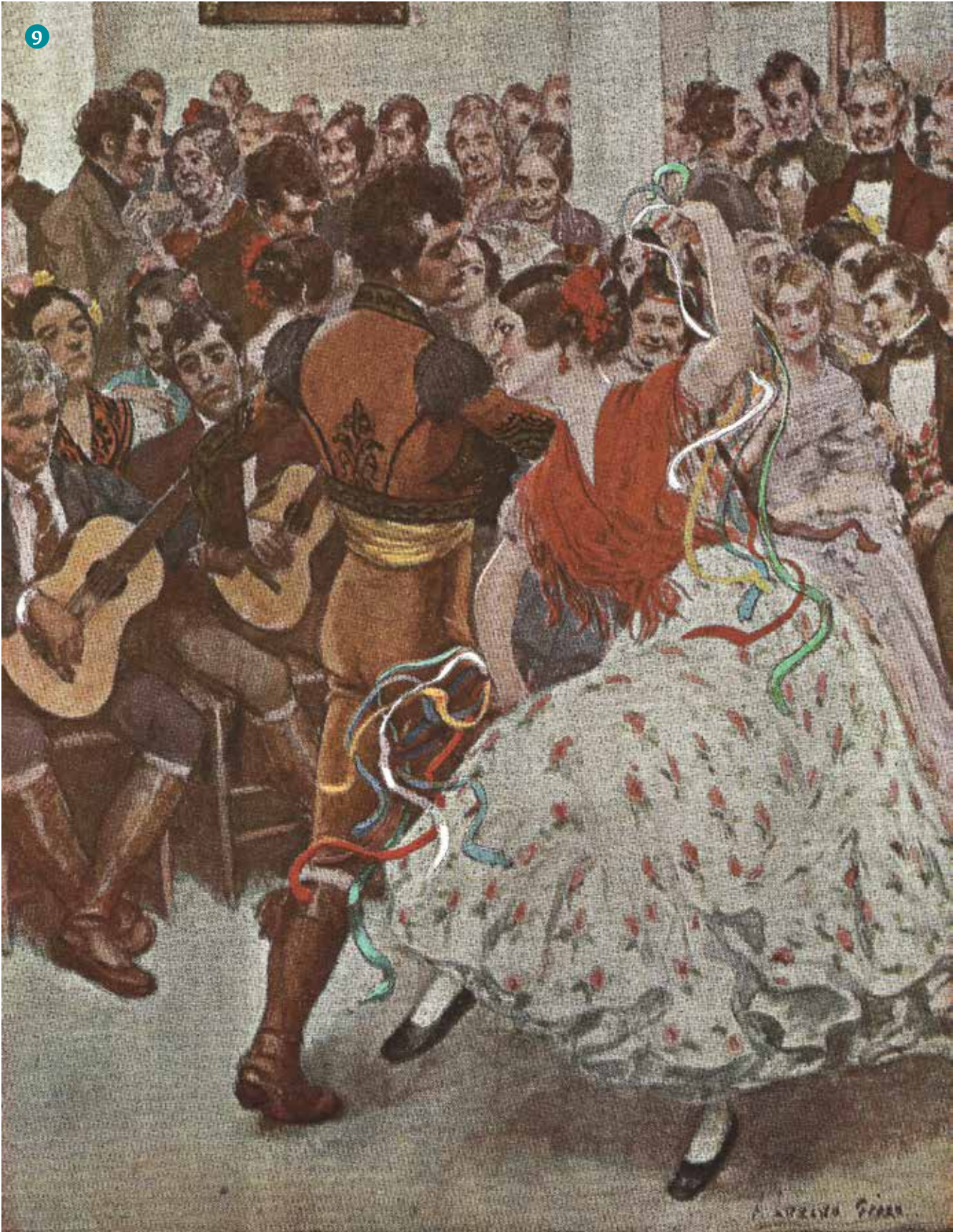
tienen insuperable intérprete gráfico en Lozano Sidro. Viven plásticamente las figuras de los personajes; son como pensamos que debían ser. (...) Empresa de arte de tanta altura solo puede ser acometida, para triunfar en ella, por un artista como Lozano Sidro, maestro en el dibujo, impecable en la línea, y en cuya paleta sabe hallar la elegancia del tono y la delicadeza del matiz.” Y mucho más recientemente, Mercedes Valverde Candil, en su texto para el catálogo general de la obra del pintor,

editado en el año 2000, escribió: “La identificación narrativa que hace Lozano Sidro, de la novela, es casi cinematográfica. Los personajes son actores de un cine mudo que transmite un campo variadísimo de actitudes y sentimientos a través de los retratos psicológicos de sus integrantes. Es difícil ya, separar los personajes de Valera de los imaginados por Lozano Sidro como si hubiese llegado la hora de fijarse definitivamente en una simbiosis perfecta entre el literato y el pintor”.





9



En primer plano hay dos guitarristas sentados sobre rústicas sillas y una pareja de baile flamenco. La estancia está abarrotada por los asistentes a la boda: criados y señores, hidalgos y jornaleros

Juan Valera

Una edición de lujo

■ Cuando quiso celebrarse en 1925 el centenario del nacimiento de Juan Valera, se proyectó una edición especial de Pepita Jiménez encargándose al pintor Adolfo Lozano Sidro, nacido en Priego de Córdoba, la realización de un conjunto

de ilustraciones que la convirtieron en una edición de auténtico lujo. La editorial Calpe, por encargo de los descendientes de Valera, realizó una edición de solo 200 ejemplares que se distribuyeron por suscripción, encabezada esta por el

entonces rey de España, Alfonso XIII y por la reina María Cristina. Desde aquella edición, es decir, desde hace un siglo, no se ha hecho ninguna edición que contenga las ilustraciones, a todo color, de Lozano Sidro.

ocio. Para los señoritos, se trata de pasar las horas en el casino; allí se lee el periódico, se charla con los amigos o se juega al “tresillo”, un juego muy corriente en el siglo XIX con la baraja española. Valera nos señala otros juegos y aficiones: “... además, se arma la timbirimba con frecuencia y se juega al monte, las damas, el ajedrez y el dominó. Y hay una pasión decidida por las riñas de gallos”. En otro episodio, nos dice D. Luis: “Yo no sé más juegos de naipes que el burro ciego, el burro con vista, y un poco de tute o brisca cruzada”. En cambio, el tiempo libre de los campesinos puede estar ocupado por aficiones tan curiosas como la de cazar pajarillos manteniéndolos con vida: “Miles de pajarillos vienen a beber al arroyo, donde se cazan a centenares por medio de espartos con liga o con red, en cuyo centro se colocan el cimbel y el reclamo”. La caza de pajarillos (sobre todo especies de fringílicos como el jilguero o el pinzón) con red o arbolillo, se practicaba todavía en algunas zonas de Andalucía hace poco más de diez años; actualmente está perseguida por la ley.

Y entramos ya en el tema de las fiestas populares. El escritor nos narra tres de ellas. La primera es la romería de la Virgen de la Sierra. El pintor interpreta en dos láminas el ajetreo de la subida a la ermita; en la ilustración 5, grupos de gentes suben caminando, bien vestidas, llevando ramos de flores, “pero no faltan aún mujeres delicadas que suben allí con los pies descalzos”. Como fondo de la imagen se puede ver el perfil de la montaña (la Sierra de Cabra, hoy parque natural de las Sierras Subbéticas) en cuya cima se distingue el edificio de la ermita. En la ilustración 7, doña Casilda y el seminarista, suben en sendos animales de carga debidamente enjaezados; el paisaje representa los olivares que ocupan la zona baja de la sierra y el cielo seminublado.

La segunda fiesta es la llamada “Cruz de Mayo”, para la que se colocan en la calle pequeños altares con una cruz sin Cristo

rodeada de flores. “De la cabeza de la cruz —escribe Valera— pendían siete listones o cintas anchas, dos blancas, dos verdes y dos encarnadas que son los colores simbólicos de las virtudes teologales. Ocho niños de cinco o seis años, representando los siete Sacramentos (...) bailaron a modo de una contradanza muy bien ensayada. El bautismo era un niño vestido de catecúmeno con su túnica blanca; el orden, otro niño de sacerdote; la confirmación, un obispito (...) el matrimonio un novio y una novia (...). Lozano Sidro centra su trabajo (ilustración 6) en ese bullicio final protagonizado por niños disfrazados de distintas figuras religiosas o eclesiásticas; las capas, túnicas y cubrecabezas presentan un colorido extraordinario y son los dueños de la casa quienes ofrecen a los niños los pasteles y golosinas que se han ganado...”

La tercera fiesta es la “noche de San Juan”: “Todo el pueblo estaba en las calles y además los forasteros. ...multitud de mesillas de turrón arropías y tostones, los puestos de frutas, las tiendas de muñecos y juguetes y las buñolerías donde gitanas jóvenes y viejas ya freían la masa, infestando el aire con el olor del aceite, ya pesaban y servían los buñuelos, ya respondían con doñaire a los piropos...”. Pero Lozano Sidro no seleccionó esta fiesta para incluirla entre las 20 láminas que tenía encargadas.

Y, por último, la fiesta final (ilustración 9) que, siguiendo el argumento de la novela, lógicamente fue la boda de Pepita con don Luis. “Aquella noche dio D. Pedro un baile estupendo en el patio de su casa y salones contiguos. Criados y señores, hidalgos y jornaleros, las señoras y señoritas y las mozas del lugar, asistieron y se mezclaron en él (...). Cuatro diestros, o si no diestros, infatigables guitarristas, tocaron el fandango. Un gitano y una gitana, famosos cantadores, entonaron las coplas más morosas y alusivas a las circunstancias”.

El ilustrador compone su imagen situando en primer plano a dos guitarristas sentados sobre rústicas sillas y a una pare-

ja de baile flamenco ataviados con vistosos trajes. Toda la estancia aparece abarrotada por los asistentes a la boda: criados y señores, hidalgos y jornaleros. Las señoras, todas, llevan flores sobre sus cabezas...

Como síntesis de lo hasta aquí expuesto, hay que admitir que el artista plasmó en su obra para *Pepita Jiménez*, ese mundo de las artes y costumbres populares que abarca desde el vestuario hasta el mobiliario, pasando por las formas e instrumentos del trabajo en el campo, las fiestas, las expresiones de la religiosidad popular o la gastronomía. Todo ello, interpretado con la insuperable técnica pictórica de Lozano Sidro, dieron como resultado una de las series de mayor calidad en la ilustración española del siglo XX.

Ninguna de las muchas ediciones que se han hecho de esta novela desde 1925 ha llevado las ilustraciones que realizó Adolfo Lozano Sidro, lo que quiere decir que esas ilustraciones son totalmente desconocidas por el gran público. Tal vez ha llegado la hora, con motivo de este segundo centenario del nacimiento de Juan Valera que estamos celebrando, de promover una nueva edición que incluya dichas láminas. ■

Más información:

■ Valverde Candil, Mercedes

“Adolfo Lozano Sidro, un eterno transeúnte”, en A. Lozano Sidro. *Vida, obra y catálogo General*.

Ayuntamiento de Priego de Córdoba y Obra Social y Cultural de Cajasur. Córdoba, 2000, pp. 61*96.

■ Valera, Juan

Pepita Jiménez.

Edición de Adolfo Sotelo Vázquez.

Editorial Renacimiento-Espuela de Plata, Sevilla, 2023.

Juan Valera



De lo real a lo fingido

El perfil de la mujer cordobesa en la novelística de Valera

Juan Valera es una de las figuras más atractivas de la literatura española del siglo XIX. Poseedor de un estilo muy personal, que lo hace único, fue definido con acierto por el crítico literario Ricardo Gullón como “un espíritu independiente, volteriano en tono menor, muy andaluz, y muy universal, patriota y disconforme, humanista y mundano”. Las claves de su retrato de los personajes femeninos las adelantó en el breve ensayo costumbrista titulado *la La cordobesa* (1871) y las llevó a su cénit en las novelas *Pepita Jiménez* (1874), *Doña Luz* (1879) y *Juanita la larga* (1896).

REMEDIOS SÁNCHEZ-GARCÍA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

En el siglo XIX es sabido que en España se produjo un amplio despliegue de tendencias, estéticas y corrientes literarias en convivencia/confrontación. A la primera mitad, con un dominio claro del romanticismo (Espronceda, Larra, Bécquer), le sigue el que resulta —en nuestra opinión— el periodo más polimórfico de la novelística española con la convivencia de realismo (Pérez Galdós o Clarín), naturalismo (Pardo Bazán) y costumbrismo (Pereda). En medio de tal coherencia de posicionamientos ideológicos y estéticos se encuentra Juan Valera (Cabra, 1824), una de las figuras más atractivas de la vida literaria decimonónica, que ha sido considerado por la crítica como “una anomalía literaria” dentro de este periodo, toda vez que desarrolla su narrativa al margen de las tendencias de la etapa y, a pesar de esto, con buena recepción crítica y estima pública.

Posee Valera un estilo muy personal (idealismo con influencia realista lo designábamos ya en 2004) que está marcado por sus propias contradicciones personales, por su biografía exportada eficazmente como sedimento a sus obras narrativas. Coincidimos por tanto con Gullón, quien lo define con gran acierto como “un espíritu independiente, volteriano en tono menor, muy andaluz, y muy universal, patriota y disconforme, humanista y mundano, en quien se mezclan con agradable equilibrio gracejo y cultura. Nada le interesaba tanto como el hombre (digo sí: la mujer); el cómo y sobre todo el porqué de la conducta humana. Es un buceador de conciencias y transconciencias; un curioso de sentimientos y emociones” (1957:1).

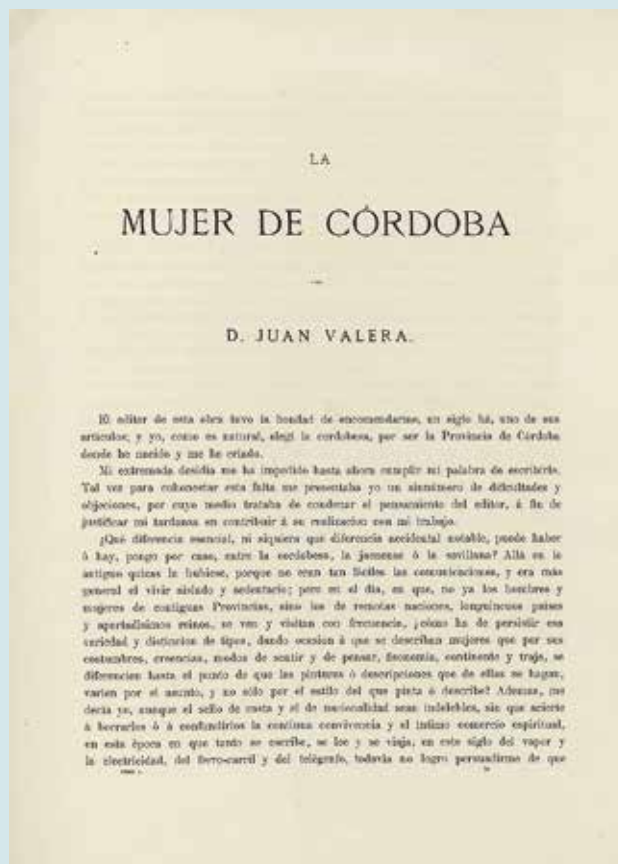
Efectivamente: Valera practica el arte de la contradicción y, a la par, ejerce como buceador de conciencias, un observador eficaz que toma como base la realidad del contexto histórico social bien conocido por él (la burguesía emergente, la vida de los pueblos domeñados por los caciques o la nobleza decadente) para reformularlo en sus obras aportándole un idealismo esteticista de influencia krausista en la caracterización de los personajes, un lenguaje cuidado y un nuevo perfil de mujer que ejerce como protagonista de las tramas en las que despliega una sutil inteligencia capaz de reconducir a los hombres que tienen un lugar preferente en sus vidas por el camino que más les conviene a todos desde el punto de vista pragmático.

Y todo ello sin desdeñar lo filosófico y la introspección psicológica que descien de a la normalidad de las vidas pequeñas del ámbito rural. Él mismo, en su ensayo *De la naturaleza y carácter de la novela* explica su gusto por aquellas donde “apenas hay aventuras ni argumento. Sus personajes se enamoran, se casan, se mueren, empobrecen o se hacen ricos, son felices o desgraciados como los demás del mundo (...)” (Valera, 1947, II, p. 191). Efectivamente: casi no hay peripecias de acción, pero la clave está en lo íntimo del alma de los personajes de los que Valera extrae un caudal infinito de poesía; se va desentrañando y mostrándose, convirtiéndolo en un continente literario del que aún queda mucho por descubrir.

Antes de dar a la imprenta ninguna de sus novelas, el egabrense había escrito en 1872 un texto breve de corte costumbrista que, aparte de otros aspectos de carácter

social, cultural o ideológico que enmarcan el desarrollo argumental, viene a darnos la clave sobre las características identitarias esenciales de sus personajes femeninos más logrados (en nuestra opinión, Pepita Jiménez, doña Luz y Juanita la Larga). Se trata de *La cordobesa*, donde acomete la descripción de las mujeres de los pueblos de la provincia de Córdoba, “en sus diferentes clases y estados: desde la gran señora hasta la mujer del rudo ganapán, desde la niña hasta la anciana, desde la hija de familia hasta la madre o la abuela, escribe Valera (Valera, 1947, III, p. 1298).

Es decir, que con *La cordobesa* se hace un retrato de patrones y hábitos en los que reivindica a las lugareñas de su tierra natal (tanto ricas como pobres, pero cada cual acorde a su estatus) como las mantenedoras del auténtico espíritu cordobés, las custodias de sus tradiciones, experimentadas en las labores vinculadas a cocina y costura y muy devotas en lo religioso. En lo físico todas destacan por su belleza, su elegancia natural, su destreza para el baile y su resistencia a adherirse las modas extranjeras, tanto en cuestiones de comportamiento social como de indumentaria. Es, en síntesis, la mujer cordobesa “discreta, chistosa y aguda. Su despejo natural suple en ella muy á menudo la falta de estudios y conocimientos. Sus pláticas son divertidísimas. Es naturalmente facunda y espontánea en lo que dice y piensa. Amiga de reír y burlar, embroma á los hombres y les suelta mil pullas afiladas y punzantes, pero jamás se encarniza” (1947, III, p. 1309). Quedan así esbozados los rasgos primordiales de las féminas que luego ejercerán como



La cordobesa

■ *La cordobesa* se publicó por primera vez en 1872 dentro de una miscelánea en tres tomos (con bellas cromolitografías ilustrando cada capítulo en la que se muestra a la mujer vestida al modo tradicional de su provincia) titulada *Las mujeres españolas, portuguesas*

y americanas: tales como son en el hogar doméstico, en los campos...: descripción y pintura del carácter, costumbres, trajes ... y excelencias de la mujer de cada una de las provincias de España, Portugal y Américas. El responsable de la edición fue el impresor madrileño Miguel Guijarro y

vio la luz entre los años 1872 y 1876. Se trata de un texto reflexivo anterior a la publicación de sus obras narrativas y es especialmente llamativo por lo que tiene de avance del modelo de mujer que luego se plasma en la novelesca.

motor de unas tramas donde la reflexión y el análisis psicológico asociado al sentimiento amoroso trae como consecuencia, o bien la placida felicidad o la tragedia más absoluta.

LAS NOVELAS. Y, llegados a este punto, vamos a las novelas. Ya hemos avanzado que las tres más destacadas son, a nuestro juicio, *Pepita Jiménez*, *Doña Luz* y *Juanita la Larga* (dos de su primera etapa y una de la última) y todas se ambientan en Andalucía. En concreto en pueblos de la campiña cordobesa (denominados respectivamente Villabermeja, Villafría y Villalegre), en los que subyuga la exuberancia del paisaje y los hace propicios para el desarrollo argumental; en el trasfondo se encuentra una histo-

ria de amor condicionada por dos factores: la religiosidad y la sociedad de clases. En el caso de *Pepita Jiménez*, un amor plausible toda vez que el enamorado don Luis —hijo bastardo del cacique— aún no ha tomado los hábitos sacerdotales en su voluntad por irse a las misiones; por el contrario, en *Doña Luz* se expone un amor imposible entre la hija ilegítima y arruinada del marqués de Villafría y el misionero retornado de Filipinas don Enrique; finalmente, en *Juanita La Larga*, es el sacerdote el que aviva a las masas para que censuren el comportamiento de la jovencísima Juanita por querer casarse con don Paco, mano derecha

del cacique y padre de la noble doña Inés, esposa del mayorazgo del lugar.

Es decir, resultan evidentes las hondas cargas de profundidad ideológica subyacente —aunque alejadas de lo que se entiende por novela de tesis— que vienen a reflejar, aunque solo sea en el contexto, la realidad de las estructuras de poder del momento, con la caída de los nobles y el advenimiento de una burguesía encarnada en las figuras de los caciques (uno hay en cada novela: don Pedro de Vargas, padre del atolondrado don Luis; don Acisclo, antiguo administrador del marqués y ahora dueño de todas las propiedades que este fue derrochando en vida; y don Andrés Rubio, factótum de Villalegre).

En cuanto a la iglesia, despliega su poder moral de

Con 'La cordobesa' Valera hace un retrato de patrones y hábitos en los que reivindica a las lugareñas de su tierra natal, tanto ricas como pobres, mantenedoras del auténtico espíritu cordobés

Juan Valera



Sus personajes femeninos más logrados son Pepita Jiménez, doña Luz y Juanita la Larga.

habitual de la mujer cordobesa; ambas son rubias, de ojos verdes, tez blanca y manos delicadas (en el caso de Pepita, como rara extravagancia, protegidas por guantes). El modelo de belleza femenino que sigue el estereotipo plasmado décadas después por Julio Romero de Torres no es al que recurre Valera salvo en Juanita la Larga que sí es morena, lo mismo que doña Inés, su (teórica) contraria en esta obra.

El pelo lo llevan cubierto en el exterior por un pañuelo o pañoleta por una cuestión de recato y su peinado es siempre sencillo; y, en relación a la indumentaria, traje corto pero elegante en su modestia, —aunque no pierde la oportunidad de vestir las con ricos tejidos como la seda, la muselina el tafetán o complementos como los mantones de manila, la mantilla o los abanicos—, tampoco responde a los dogmas imperantes de la moda francesa que al Valera literato le resultaban detestables (seguramente abrumado tras pagar las facturas de la modista de su esposa con su frágil economía). Sin embargo y pese a la voluntad de sobriedad en el ornato, en el que tampoco están presentes las joyas, siempre las descripciones están colmadas de sensualidad y se enmarcan dentro de una naturaleza idílica que viene a recordar la de *Las Pastorales* de Longo, voluptuosa y primaveral que propicia el romance.

En lo tocante a la educación, solo doña Luz ha tenido una instrucción más esmerada; aunque Pepita y Juanita no han acudido a la escuela (sobre Juanita se hace saber taxativamente que el maestro la enseñó a leer y a escribir en sus ratos libres) queda patente que no les resulta necesario para alcanzar sus fines.

Toda vez que son retratos bien acabados, entre sus cualidades la más llamativa es el fuerte carácter marcado por un orgullo y una inteligencia natural despojada que les permite defender sus intereses utilizando un argumentario capaz de persuadir a los varones de los que están enamoradas de la conveniencia de alterar los planes que tenían. En el caso de Pepita, su fortaleza de voluntad y su inteligencia

pragmática logran romper el dilema moral de don Luis en esa lucha interna entre pasión y razón (como “falso cristiano, más poe-

adoctrinamiento de las masas desde los confesionarios o los púlpitos. El perfil de los tres sacerdotes que ejercen su ministerio en estas villas, de entre los que descuella el padre Anselmo de *Juanita la Larga*, es similar: con escasa formación teológica (ejemplo es el padre Vicario de *Pepita Jiménez*), ejercen como defensores del orden tradicional enfrentado a las nuevas tendencias liberales negando la posibilidad de ascenso social mediante el trabajo (*Juanita la Larga*).

En ese contexto es donde se mueven los personajes de las novelas andaluzas de Valera; no cabe otra opción, porque si no tuvieran sus

necesidades básicas cubiertas sería difícil justificar que pudieran llevar esas vidas retiradas del mundanal ruido (Pepita y doña Luz), su dedicación a las disquisiciones morales entre amor divino/amor humano (don Luis, el padre Enrique) o a cuidar indumentaria y aseo (Pepita Jiménez y doña Luz) con ese grado de constancia que Pepita lleva al extremo usando guantes para que no se le estropeen las manos.

En lo físico, Pepita y doña Luz no responden en absoluto a la representación

Juan Valera se basaba en una realidad que le era conocida, o bien personalmente o por referencias, y a partir de aquí, desplegaba sus dotes como creador haciendo uso de su vasta cultura

Juan Valera

El modelo de belleza plasmado décadas después por Julio Romero de Torres no es al que recurre Valera, salvo en Juanita la Larga que sí es morena, lo mismo que doña Inés, su (teórica) contraria en esta obra. En la imagen óleo *Lectura* (1901-1902), de Julio Romero de Torres.

El cacique

■ El cacique, pilar de la nueva sociedad, funcionaba esencialmente como un intermediario entre la administración central del bipartidismo entre Cánovas y Sagasta y los ciudadanos con capacidad de voto, la persona que logra las prebendas requeridas para su clientela (los “turrones”, como los llamaba Valera); resulta el reflejo a nivel político del control económico ejercido por las oligarquías terratenientes y financieras, especialmente en los pueblos. Unas oligarquías que se habían beneficiado de la desamortización de Mendizábal —por un lado— y de la decadencia de la baja aristocracia —por otro—. Ya Comellas se refiere a las “tres aristocracias rectoras en el siglo XIX” que son: “[...] un cerebro que piensa (los intelectuales), un brazo que defiende (los militares) y un elemento nutricional (negociantes y propietarios) en cuyas manos están la riqueza y la prosperidad del país”. Comellas, José Luis. *Historia de España moderna y contemporánea* (1474-1967), Madrid, Rialp, 1980, p. 441.



Centro de Arte Reina Sofía.

ta que varón serio y piadoso” lo define el propio Valera).

En el de Juanita, consigue reconducir la situación: en cuanto empieza a perder clientela —no se olvide que es la única de los tres que pertenece a la clase trabajadora y que lo hace fuera del ámbito del hogar— a raíz de la condena popular a la que la somete el padre Anselmo por su voluntad de casarse con don Paco miembro de una clase social más elevada, busca una estrategia mejor que propicie lograr el objetivo final; esto es: la boda con todos los parabienes de la comunidad. El orgullo y la inteligencia de doña Luz contienen otros matices que sería prolijo analizar aquí: baste indicar que no es lo suyo orgullo genuino acrisolado por la reflexión, sino un modo de soberbia que la conduce al fracaso —era imposible, de cualquier manera, su relación con el atormentado padre Enrique— en esa voluntad de didactismo que aplica el cor-

dobés como fondo, a fin de no desentonar más allá de lo razonable con la moral decimonónica. Y también por propia voluntad estilística ya explicitada en sus reflexiones teóricas, que no es óbice para que se fundamente y tome como base para conformar el arquetipo femenino, replicado desde diferentes perspectivas, a mujeres reconocibles de su tierra natal. Así se puede constatar que Juan Valera se basaba en una realidad que le era conocida, o bien personalmente o por referencias, y a partir de aquí, desplegaba sus dotes como creador haciendo uso de su vasta cultura y su conocimiento de la psicología humana para hacer ameno e interesante el argumento, amén de adornarlo para construir a partir de un hecho prosaico y, en muchas ocasiones insípido, una historia llena de candor, de intensidad literaria y de belleza estética que lo convierten en un escritor esencial en la novelística del siglo XIX. ■

Novelística

■ Juan Valera terminó ocho novelas a lo largo de su vida: *Pepita Jiménez* (1874), *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), *El comendador Mendoza* (1877), *Pasarse de listo* (1878), *Doña Luz* (1879), *Juanita la larga* (1896), *Genio y figura* (1897) y *Morsamor* (1899). Dejó esbozada *Cartas de un pretendiente* (1850) y algunas cuartillas de otros intentos como *Currito el optimista*, *Novela sin título* (I), *Abu-Hafaz o Andalucía* y *Creta hace mil años*, *La Joya*, *Morsamor* (la versión primera), *Novela sin título* (II), *Novela sin título* (III) y *Anastasia*. Las mentadas obras fueron sacadas a la luz por Cyrus C. DeCoster (DeCoster, Cyrus C.: *Obras desconocidas de Juan Valera*, Madrid, Castalia, pp. 18-42). Inacabadas quedaron *Mariquita* y

Antonio (1861), *Elisa*, “*la Malagueña*” (1895) y *Don Lorenzo Tostado*. Aunque hay quien, como Araujo Costa, incorpora dentro de la novelística las *Leyendas del Antiguo Oriente* (Lulú, *princesa de Zabulistán* y *Zarina*), a mi modo de ver son más relatos largos que novelas propiamente. En cuanto a *Dafnis y Cloe*, igualmente incluida como novela por Luis Araujo Costa, es la traducción de *Las Pastorales* de Longo que, como el propio Valera afirma, “(...) sirve de modelo aún, *mutatis mutandis*, y no solo a Pablo y Virginia, sino a muchas preciosas novelas de *Jorge Sand* y hasta una que compuso en español, pocos años ha, cierto amigo mío, con el título de *Pepita Jiménez*”.

Más información:

- **Gullón, Ricardo**
Valera, leído por Montesinos. Ínsula, 130, 1957.
- **Sánchez García, Remedios**
El papel de la mujer en el intelectualismo liberal del siglo XIX. La mujer escrita en las novelas de don Juan Valera. Universidad de Granada, 2004.
- **Valera, Juan**
Obras completas. Madrid, Aguilar, 1947.

Juan Valera



Juan Valera y sus libros

La Biblioteca Histórica Aguilar y Eslava de Cabra

AH
OCT
2024
30

La biblioteca privada de cualquier persona siempre ofrece una perspectiva con los trazos vitales de los que está compuesta. Los vínculos que establecemos con nuestros libros son apenas visibles para uno mismo y se vuelven significativos cuando, con el paso del tiempo, son analizados desde la perspectiva que supone hacerse idea de cómo fue la persona que leyó, conservó, ojeó y, quizá, colocó de una determinada manera aquellos libros en los estantes de su biblioteca. Si el personaje que se esconde detrás de una biblioteca es un escritor, al situarnos frente a ella, vemos la oficina y documentos con los que trabajó. Y, evidentemente, se deja ver la historia material junto al oficio de lector que hay detrás de cada uno de los ejemplares.

ANTONIO RAMÓN JIMÉNEZ MONTES

FUNDACIÓN AGUILAR Y ESLAVA

La Biblioteca de la Fundación Aguilar y Eslava alberga singulares fondos libresco de diversas épocas y materias desde los siglos XVI al XX cuyo primer inventario se realizó en 1710. Aquella “Primera Librería” de la que hablan las constituciones e inventarios del antiguo Real Colegio de la Purísima, va creciendo a lo largo de más de tres siglos hasta conformar el fondo actual de la Biblioteca Histórica Aguilar y Eslava, resultado de la historia común del Colegio de Humanidades fundado a finales del siglo XVII y luego del anexo Instituto de Cabra creado en 1847.

El Centro de Estudios Vargas y Alcalde —parte de la Fundación Aguilar y Eslava— se encarga de su conservación. Entre los anaqueles de sus estanterías se cuenta con la que donó a la institución el escritor Juan Valera y Alcalá-Galiano.

Considerado el más notable epistológrafo español del siglo XIX, Valera nos dejó citas y alusiones a su capacidad lectora, a su pasión por los libros y a la especial importancia que dio a las bibliotecas. Lo que se deja ver en el conjunto de libros de esta especial porción de su biblioteca que conservamos en Cabra y a la que aludió en algunas de sus cartas.

Las fechas en las que Valera plantea donar su biblioteca y ampliarla con sus propios libros se sitúan entre 1875 y 1886, aunque habrá alguna que otra donación más de obras suyas traducidas a otros idiomas. El

claustro del Instituto-Colegio de Cabra, de 2 de octubre de 1875, concedió “voto de gracia” por su generosidad y desprendimiento.

Sobre su pasión por los libros también se leen algunos párrafos en su epistolario. En una carta que escribe a su mujer desde Lisboa, recién nombrado ministro de España en mayo de 1881, le comenta que está casi lista la vivienda esperando que fuera con él. Y le pide que traiga algunos libros de su biblioteca que conoce a la perfección: “Entrando en la sala de los libros, a la izquierda, hay unos en griego que llevan por título... son varios tomos. Tráetelos cuando te vengas... me han de servir para escribir una novela prometida al periódico *La Europa*”.

A Menéndez Pelayo, en carta del 6 de marzo de 1882, en postdata le encomienda: “Que cuide Vd. mi pequeña biblioteca, si muero por casualidad, o sin casualidad y que cuide de mis propias obras, sacando de los editores el mejor partido posible...”.

Menéndez acepta el encargo, pues diez días después, Valera afirma en otra carta: “Mil gracias porque acepta mi encargo de cuidar mis libros cuando yo me muera”. Y añade: “no dude Vd. que será para mí una gran consolación, el día en que me largue al otro mundo, dejar en este en tan hábiles

y cariñosas manos lo mejor de mi espíritu, que, en forma material, yo mismo he fabricado, quiero que permanezca y en largo tiempo no acabe”.

A su hija Carmen escribe desde Cabra en 1883 y dice: “Aquí, en Cabra, ya es distinto. Cabra es bonita, pero tiene a la vez todo lo malo de una ciudad y todo lo malo de un lugar pequeño. (...) Luis lee aquí muchas novelas y así pasa el tiempo”.

Su oficio de lector lo recoge una de sus cartas a Narciso Campillo, desde Lisboa el 18 de noviembre de 1881: “También recibí al fin un ejemplar de los Nuevos cuentos que no he leído aún, pero que leeré con muchísimo gusto, como leo todas las obras”.

En *El Bermejino prehistórico*, Valera hace algunas afirmaciones que podrían darnos respuesta y justificarían la existencia de algunos ejemplares en su biblioteca de Cabra, donada al Instituto-Colegio. Sin olvidar su constante “sindineritis” que le lleva siempre a buscar ahorro en todas sus actividades y negocios.

Afirma que ha siempre ha sido aficionado a las Ciencias, prefiriendo las “inexactas”, y de su inclinación a la filosofía, a la prehistoria, a los documentos antiguos o a los idiomas primitivos.

Como apasionado de *El Quijote* en su legado hay una edición en dos tomos de 1844, y otras de principios del s. XX, además de su discurso de entrada en la Real Academia.

Acercarnos al contenido de esta

Considerado el más notable epistológrafo español del siglo XX, nos dejó en sus cartas citas y alusiones a su capacidad lectora, su pasión por los libros y la especial importancia que dio a las bibliotecas.

“Tengo el capricho de que en la Biblioteca del Colegio de Cabra estén todos mis libros, en castellano, y en las diferentes lenguas en que se han traducido”.

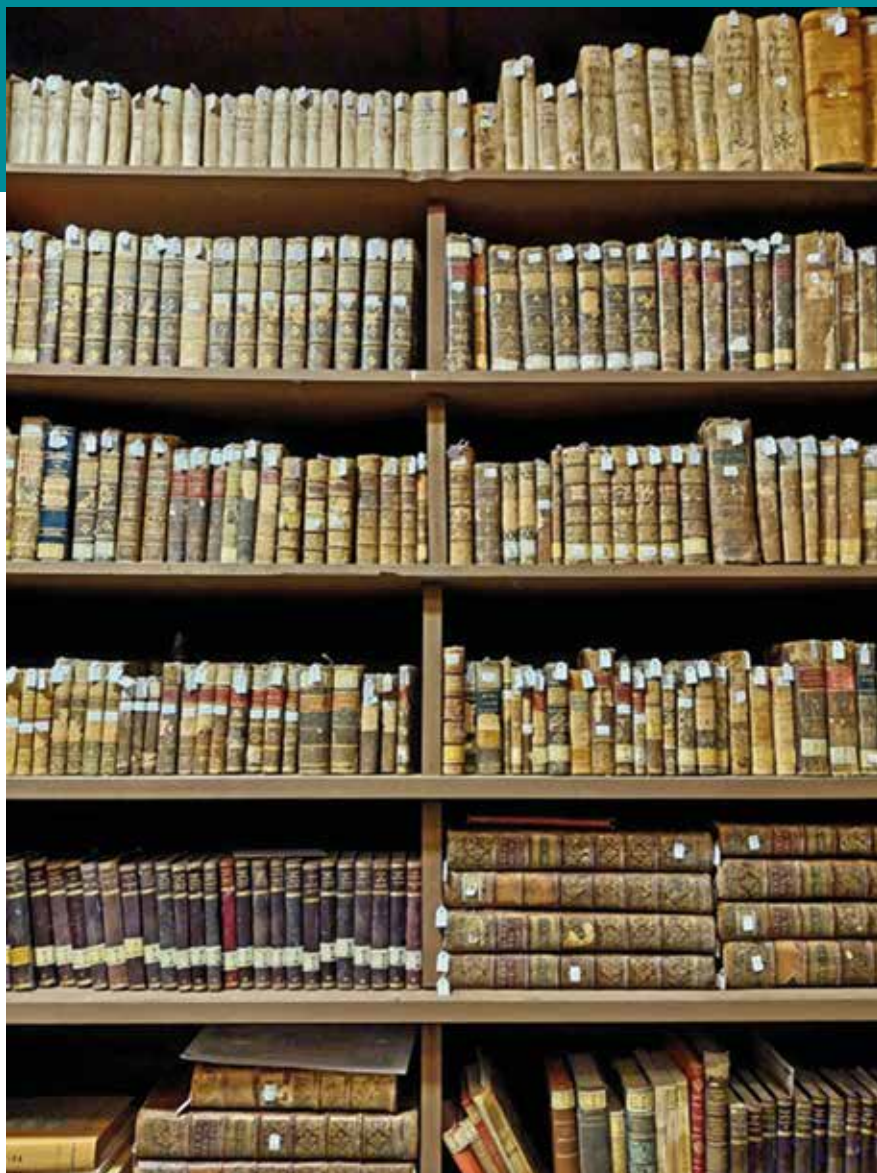
Juan Valera, Bruselas, 1886

colección da idea, al menos parcialmente, de lo que fue la biblioteca de un escritor del siglo XIX y lo más importante, que se ha conservado íntegra y sin fragmentar, desde su donación por Valera.

LA DONACIÓN. La relación de obras que donó Valera al Instituto-Colegio de Cabra se encuentra detallada en varios documentos conservados en el archivo histórico. También tenemos datos en algunas publicaciones.

La primera referencia se encuentra en la obra de M. Vargas y Alcalde, *Reseña Histórica del Colegio e Instituto*, de 1879. El también egabrense Nicolás Albornoz en *Historia de la Ciudad de Cabra*, de 1909, hace una breve referencia al “espléndido donativo” de don Juan Valera con el que se vio enriquecida la biblioteca del Instituto-Colegio. La eminente valerista Matilde Galera se refirió en varias publicaciones, en el último cuarto del siglo XX, a la contribución de Valera para “enriquecer notablemente los fondos bibliográficos” de la institución a que nos venimos refiriendo y habla de la donación de 324 volúmenes “que constituían la biblioteca que tenía en su casa de Cabra” y otros envíos posteriores de las obras que iba publicando.

La relación de las obras del Fondo Valera de la Biblioteca Histórica Aguilar y Eslava de Cabra, se produce a partir de un listado conservado en su archivo, y se está completando a partir de las relaciones que se han documentado desde que, en 1875, se produjo la primera entrega. A la primera donación se unirían más tarde, entre otros libros, las traducciones de sus obras, especialmente *Pepita Jiménez*, en inglés, francés, italiano, portugués, polaco o alemán.



Detalle de la Biblioteca de Valera en la Fundación Aguilar y Eslava.

En un trabajo sobre los libros de Valera en la señera institución, firmado por Lourdes Pérez Moral, se anota la localización de buena parte de los libros donados por don Juan Valera, identificándolos de manera incompleta y señalando que con esas donaciones “se demuestra la consideración que el diplomático, escritor y político egabrense tuvo para con este centro docente”. Una parte que se incluye como donación de Valera no la hizo nuestro autor de forma personal sino en su condición de director

general de Instrucción Pública, en la primera etapa en que desempeñó ese cargo entre enero y julio de 1871.

En la memoria del curso 1887-1888, publicada en 1889, se lee: “Y séame permitido manifestar aquí, en nombre de este claustro de catedráticos, nuestro reconocimiento al Excmo. Sr. D. Juan Valera, Consejero de Estado, cuyo interés por este Instituto puede comprobarse consultando las memorias de los cursos académicos anteriores; pues en todas ellas aparece una dona-

El ejemplar más antiguo y bastante curioso, de 1583, es una edición de la obra ‘Primera parte de las diferencias de libros que hay en el universo’ de Alejo Venegas impresa en la ciudad de Valladolid

Juan Valera



Valera y su pasión por los libros

■ “En mi casa, para lo que se usaba entonces en aquellos pueblos, había una regular biblioteca”. Así habla Juan Valera de cómo su afición por la lectura se inicia gracias a la biblioteca que había en su casa, como apunta en la carta que envió a Ramírez de las Casas-Deza, desde Madrid, el 5 de enero de 1863. Y añade: “En Cabra me crié y aprendí las primeras letras y empecé a aficionarme a la lectura desde la edad de seis años... mi afición a la lectura siguió siempre en aumento”. Como lector precoz confiesa que a los doce o trece años “había leído a Voltaire y presumía de *sprit fort*, si bien me asustaba cuando estaba a oscuras y temía que me cogiese el diablo. El romanticismo, las leyendas de Zorrilla y todos los asombros, espectros, brujas y aparecidos de Shakespeare, Hoffman y Scott reñían en mi alma una ruda pelea con el volterianismo, los estudios clásicos y la afición a los héroes gentiles”. No habría muchas bibliotecas privadas y en cuanto a las públicas, comenza-

rían a crearse en 1838 en algunas capitales, con fondos procedentes de los extinguidos conventos y monasterios tras la desamortización. Hasta 1869 no comienzan a crearse las denominadas “bibliotecas populares” que pretendían hacer llegar la lectura a un mayor número de personas. Por eso interesa destacar dos notas en esta “biblioteca de Valera”. La primera, que surge de la propia colección de libros familiar que, como él mismo afirma, estaba en su casa en Cabra; la segunda, que conocía perfectamente la existencia de la biblioteca del Real Colegio e Instituto de Cabra, una de las más antiguas de la provincia de Córdoba, cuyo primera referencia ya aparece en las constituciones e inventarios de 1700 y 1710, respectivamente. De la biblioteca familiar, aunque de forma ficcionada, se encuentran algunas referencias en su obra *Las ilusiones del doctor Faustino*, considerado un trasunto de Valera con bastantes rasgos autobiográficos.



Algunos de los libros más antiguos del legado de Valera.

ción de este sabio publicista en favor de la Biblioteca del establecimiento. En el curso actual ha regalado el Sr. Valera un ejemplar de su importante obra *Pepita Jiménez*, edición americana ilustrada, y otro de *El Doctor Faustino*, en alemán”.

La biblioteca personal de Valera a la que nos venimos refiriendo contiene los libros que Valera tenía en su casa de Cabra. A la luz de algunas fotografías se puede ver que, en su casa de Madrid, conservaba más libros de cuyo destino no se tiene noticia, pues no consta que en su testamento se hiciera relación de estos, ni cómo se legaron.

Pardo Bazán, una de sus contertulias en la casa de la Cuesta de Santo Domingo de Madrid —los sábados de Valera o las tertulias ilegales—, describe la casa llena de libros: “Era encantador verle (anciano, achacoso y ciego) y hablarle... en aquel pasillo revestido de estanterías atestadas de libros, que precedían a la biblioteca...”.

Los trabajos que se llevan a cabo para inventariar esta biblioteca comenzaron en torno a 2011 gracias a la labor de A. Suárez Cabello y posteriormente se han venido actualizando hasta llegar al inventario, catalogación y clasificación realizados entre 2022 y 2024, desde el Centro de Estudios Vargas y Alcalde, por Mercedes Lama (archivera y bibliotecaria de la Fundación Aguilar y Eslava), Aioze R. Trujillo (director del Centro de Estudios) y José Julio Mesa, con el autor de estas líneas y otros colaboradores.

El ejemplar más antiguo y bastante curioso, de 1583, es una edición de la obra *Primera parte de las diferencias de libros que hay en el universo* de Alejo Venegas —en la que los

Su oficio de lector lo recoge una de sus cartas: “También recibí al fin un ejemplar de los 'Nuevos cuentos' que no he leído aún, pero que leeré con muchísimo gusto, como leo todas las obras”

Juan Valera

Cartas de Valera sobre su legado al Instituto-Colegio de Cabra

■ Valera, en su epistolario, deja algunas referencias sobre su biblioteca de Cabra y sobre su intención de donarla al Instituto-Colegio de su ciudad natal. En una de las cartas a su mujer, del 28 de septiembre de 1875, dice textualmente: “Los libros, que son muchos, algunos volverán a Doña Mencía, también a la casa de la Paniega; otros irán a Madrid y la mayor parte de ellos me servirán para hacer un regalo al Instituto de Cabra. Creo que regalaré al Instituto 300 volúmenes, lo menos, esplendidez digna del propio Mecenaz”. Otra de sus cartas, esta vez enviada desde Washington a su mujer el 31 de oc-

tubre de 1884, incluye referencias a sus libros y su intención de que estén en el Colegio de Cabra: “en un momento de rabia y de humor tético envié a Cabra mis libros mejores”. Y luego dice (dado que no están bien colocados sino encajonados expuestos a pudrirse) “la inutilidad de mis libros, que ni siquiera ve nadie, allí encajonados, me excita a veces a tomar una determinación magnánima de puro desesperada, a hacer con ellos un espléndido regalo al Colegio de Cabra”. Más adelante añade «mis libros, para que estén encajonados y nadie los vea, que se tiren, o que se regalen al colegio de Cabra, o que se traigan a Madrid a que

los venda Fe o los malbarate”. En otra carta enviada desde Bruselas a Moreno Ruíz, del 1 agosto 1886, señala: “Tengo el capricho de que en la Biblioteca del Colegio de Cabra estén todos mis libros, en castellano, y en las diferentes lenguas en que se han traducido. Ya he enviado algunos. Agradeceré a Ud. que pida lista de los que ya hay, para que yo remita lo demás. Ahora acaban de publicar en Nueva York, Pepita Jiménez, en inglés. En cuanto tenga ejemplares enviaré uno muy bien encuadernado. Ya remití a Joaquín, para que envíe a Cabra, una *Pepita Jiménez*, en polaco, y otra, en inglés, impresa en Londres”.

“libros” son partes del universo—, impresa en Valladolid, por Diego Fernández de Córdoba.

Del siglo XVII hay una edición en latín del *Codex Iustinianus* de 1662, así como del *Corpus Iuris Civiles*, que contiene la recopilación en cuatro partes del Derecho Romano. Valera viene del mundo del Derecho y el estudio de estas colecciones legislativas pone de manifiesto el interés en su contenido y, de manera singular, el valor de las ediciones.

Es interesante la colección de 26 tomos de libros de viaje de finales del siglo XVIII (1795-1799), *El viajero universal, o noticia del Mundo antiguo y nuevo* una obra compuesta en francés por M. Laporte y traducida al castellano por Pedro Estala. El tomo I es de la Imprenta Real de 1795 y el resto son del impresor madrileño Fermín Villalpando.

Destaca también la traducción que el propio Valera realizó de la obra de Schak sobre *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*, de la que también habla en una carta a su sobrino Salvador Valera Freuler del 31 de octubre de 1865: “Ahora estoy leyendo una obra que acaba de publicar Schak(...) libro precioso y de rara erudición” que Valera traduce entre 1866 y 1871, según cita José Peña González.

Poesías de Iriarte (1778), dos tomos de Quintana (1821), Campoamor (1840) y de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1841). Obras de filosofía, literatura, derecho,



Juan Valera en su biblioteca de Madrid junto a su amanuense Periquito de la Gala.

geografía, historia o religión, son las temáticas de esta colección que muestra el interés lector de Valera por muchas de ellas que pasaron de su casa de Cabra al Instituto-Colegio de la ciudad natal del autor. No falta algún título de física, anatomía, economía política o matemáticas, algunos diccionarios de latín e italiano y, curiosamente, un *Manual práctico de horticultura*, de José García Sanz, publicado en Madrid en 1864.

Esta colección es objeto de la exposición que, en octubre de 2024, puede contemplarse en el Museo Aguilar y Eslava en este bicentenario de Valera para difundir los libros que regaló al Instituto-Colegio de Cabra en el último cuarto del siglo XIX. ■

Más información:

- **Moreno Hurtado, Antonio**
Don Juan Valera y su relación con las literaturas extranjeras. Junta Andalucía, Sevilla, 2003.
- **Peña González, José**
Valera y Azaña. Colección Valera 4, Ayuntamiento de Cabra, 2006.
- **Romero Tobar, Leonardo (ed)**
Juan Valera, Correspondencia (VIII volúmenes). Castalia, Barcelona, 2003-2010.
- **Valera, Juan**
Discurso para conmemorar el tercer centenario de la publicación de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Presentación de Matilde Galera. Ed. facsímil. Ayuntamiento de Cabra, 2003.

Esta colección da idea de lo que fue la biblioteca de un escritor del siglo XIX y destaca que se haya conservado, íntegra y sin fragmentar, desde su donación al Instituto-Colegio de Cabra.

Juan Valera



Don Juan Valera y la historia

En defensa de la historia de España

Ningún novelista español del siglo XIX se ocupó de la historia con el rigor y conocimiento de causa como lo hizo don Juan Valera. Sin embargo, quienes se han ocupado de él, aun reconociendo que fue “una anomalía literaria” como es el caso de José F. Montesinos, no fueron en sus pesquisas más allá para aclarar esta dimensión, a pesar del gran peso que la historia tiene en su obra.

MANUEL MORENO ALONSO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Considerado casi exclusivamente como novelista, autor de cuentos o poeta, además de gran polígrafo, lo cierto es que se ha pasado de puntillas por la importante contribución historiográfica de Juan Valera.

Estudiosos como Manuel Azaña tampoco valoraron la vertiente de historiador de Juan Valera a pesar de haber sido tan importante en su obra, tal vez por no embestir contra el edificio de la Restauración o lidiar en sus relaciones con Cánovas o con la persona y la obra de Marcelino Menéndez Pelayo. Sí recuerda, en cambio, su combate contra la retórica de los krausistas (*Los nuevos filósofos y políticos*).

Como no podía ser de otra manera, los santones de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), lejos de valorar la defensa continua que hizo de la historia de España, lo sumieron en el silencio o lo detestaron sencillamente. Su niño prodigio, el joven Ortega y Gasset, lo despreció olímpicamente en 1904, un año antes de su muerte, cuando ya estaba completamente ciego, llegando a decir que tenía “la fría malignidad de los enciclopedistas y su noble manera de decir”. Seis años después Ortega lo atacó sin piedad, recordando la única vez que lo vio “ataviado con uniforme bordado de oro, cubierto el pecho de bandas, sobre las cuales se alzaba una faz de líneas gratas pero poco expresivas: una faz castiza de ciego que se orientaba indecisamente hacia la luz derramada por un ventanal. Prácticamente, pues, como si no le hubiera visto jamás”.

En esta ocasión lo trató como un vulgar “cortijero andaluz”, al que le

movía “un inconsciente positivismo, un positivismo cazarro y extraintelectual, que solemos hallar en los hombres de nuestra raza cuando rascamos un poco su epidermis” (*El Imparcial*, 6 octubre 1910). ¿Se molestó Ortega porque don Juan había escrito *Sobre lo inútil de la metafísica*, o porque no se vio citado en el artículo que aquel mismo año de 1904 escribió “Sobre la juventud intelectual?”.

Mucho más acertado y justo en su juicio ha sido Julián Marías, para quien Valera fue “la mente más lúcida de España en el siglo XIX y el hombre que poseyó más amplios conocimientos del mundo en que vivía, y de buena porción del pasado”. A lo que agregaba: “¿Habría algún día en que los españoles inteligentes posean a Valera, lo lleven dentro, puedan en tantas cosas partir de él? Harían falta muchas cosas; la primera, una edición accesible de la porción más viva, valiosa y profunda de lo que escribió”.

LA OBRA HISTÓRICA. Hasta 2004 no se ha publicado la *Obra histórica de Valera*, gracias al interés del editor navarro Juan López Tabar que en Urgoiti Editores ha rescatado obras de autores decimonónicos importantes y olvidados, como Modesto Lafuente, Antonio Cánovas del Castillo, Francisco María Tubino o Francisco Codera, entre otros. El libro dedicado a Valera, con 850 páginas en formato grande, ha contado con el buen hacer en la preparación de la edición de Leonardo Romero Tobar, editor

a su vez de la edición de su *Correspondencia* en siete volúmenes.

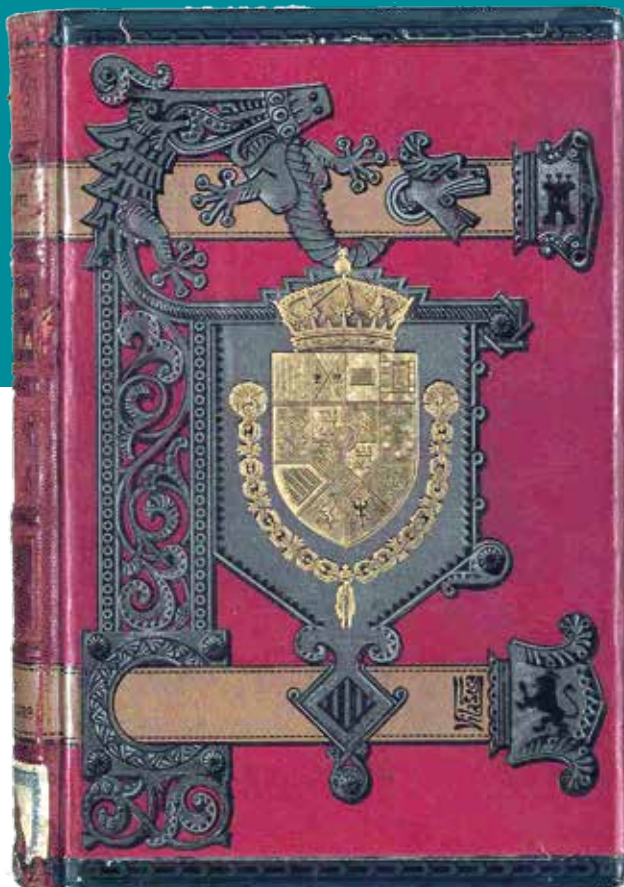
Así el lector podrá ver la gran obra historiográfica del autor, considerado casi exclusivamente como novelista, autor de cuentos o poeta a lo máximo. En esta obra se recogen textos “inequívocamente” históricos recogidos de su pluma y otros que oscilan entre la historia y el ensayo cultural con plena vigencia historiográfica. El editor no se equivoca al señalar que “cuando se escriba un estudio sobre el despliegue que encontraron en la España del XIX las ideas básicas en la teoría histórica contemporánea, la obra histórica de Juan Valera será un documento imprescindible”.

El trabajo histórico más importante y amplio de Valera, que se recoge en su *Obra histórica*, es su continuación de la famosa *Historia General de España* de Modesto Lafuente, que éste dejó inconclusa a la muerte de Fernando VII en 1833. Analizada históricamente desde la perspectiva actual, llama la atención su buen criterio a la hora de estructurar un trabajo sobre una época tan próxima, así como la utilización de una amplísima información.

También se recogen valiosos trabajos dispersos, pues don Juan publicó numerosos ensayos que todavía nos sorprenden al leerlos hoy, como del *Romanticismo en España*, *Las Escenas andaluzas del Solitario*, *Sobre la historia de la literatura española en la Edad Media*, o *De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente*. Especial significación

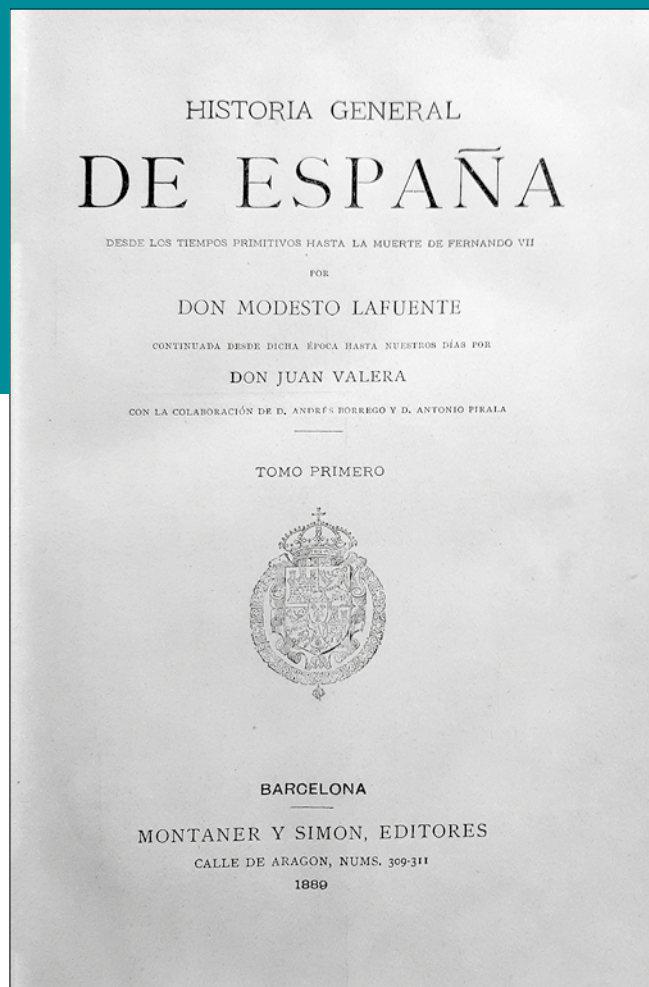
tiene su ensayo, no recogido en esta obra, *Sobre el concepto que hoy se forma de España*, que apareció en la *Revista de España* en 1868.

Considerado casi exclusivamente como novelista, autor de cuentos o poeta, además de gran polígrafo, lo cierto es que se ha pasado de puntillas por su importante contribución historiográfica



Biblioteca de Castilla y León (Valladolid) - Signatura: BPA 1885.

Su trabajo histórico más importante fue su continuación de la famosa *Historia General de España* de Modesto Lafuente, que éste dejó inconclusa (1888-1900). En la imagen derecha, ejemplar de la obra perteneciente a la biblioteca personal de Blas Infante (Coria-Puebla del Río).



Archivo Centro de Estudios Andaluces.

INTERÉS POR LA HISTORIA. Fue su gran curiosidad por todas las ramas del saber, la que llevó a Valera a interesarse por la historia, como lo hizo con la literatura o las lenguas clásicas o modernas. Su saber fue autodidacta, aunque con unos niveles de exigencia crítica muy poco frecuentes en su época y en sus contemporáneos.

Entre sus trabajos de historia, llama la atención la diversidad de temas por los que se preocupa. Numerosísimas son las reseñas de libros de historia que escribió. La que dedicó a la *Historia de los heterodoxos españoles* del joven Menéndez Pelayo es, sencillamente, antológica; pues, “a pesar de ser él mi amigo, no ha de ser siempre la benignidad la que caracterice mi crítica”.

En las propias novelas, el interés y la curiosidad que siente por el pasado o por los libros de historia, lo manifiesta de forma incontenible. En *Pepita Jiménez*, por hablar solo de su novela más conocida, basta una alusión a las matronas de la antigüedad, para que el autor nos dé una lección sobre el mundo de la antigüedad en el Bajo Imperio. La referencia a unas litografías francesas colgadas en la pared, le lleva a explicar su contenido histórico con todo lujo de detalles; o el hecho de que el deán de la novela oculte su personalidad y no mienta

su yo, lleva a don Juan a remontarse nada menos que al *Anábasis* de Jenofonte, en que éste se nombra en tercera persona como si fuera uno el que escribió y otro el que ejecutó aquellas hazañas.

Necesidad intelectual de la historia

■ “Los estudios históricos son indudablemente los que mayor boga alcanzan en los tiempos que corremos, sin duda porque responden de una manera más directa a las necesidades intelectuales de nuestra edad. Cuando se atraviesa un período de reconstitución social y son varias y encontradas las tendencias que combaten, la historia se presenta a los ojos de todos como única luz que pueden esclarecer las vías del porvenir y como prudentísima maestra a quien incumbe el consejo en los problemas de la vida”.

Juan Valera, en *El Contemporáneo*, 27 de febrero de 1861.

INNOVADOR. Valera es consciente de que “no faltan, a la verdad, personas de saber y de ingenio capaces de poner en España los estudios históricos a la altura que están en otros países”. Pero, a su modo de ver, lo que falta es la afición del público, fundamental para el estímulo de los historiadores. “Menester es que un hombre tenga en España una vocación especial y un amor entrañable a la ciencia para que se atreva a emprender larguísima estudios, a consultar manuscritos, a respirar el polvo de los archivos, a consagrar penosas vigiliass, tomando apuntes, compulsando autores y recogiendo datos, y a consumir su talento y su vida poniendo en orden todos aquellos hacinados materiales y reconstruyendo la historia de los tiempos pasados, tal como fue ella, si luego ha de haber poquísimos curiosos que fijen la atención en su obra y que sepan y quieran encarecer, como es justo, su merecimiento”.

Con la mirada puesta en los progresos realizados por la historiografía en el extranjero, señala que “la historia general de cada nación y las particulares de revoluciones, de guerras, de instituciones, de artes, de ciencias y hasta de industrias, han sido escritas con un esmero que raya a veces en lo prolijo, y con un primor que

Juan Valera



Retrato de Juan Valera y Alcalá Galiano, por Francisco Mendoza Merino.

hace perdonar a menudo lo extenso de la obra con relación a la importancia del asunto". A lo que ha contribuido el estudio de las lenguas, "antes desconocidas o no sabidas en Europa, y la mayor facilidad para proporcionarse documentos y noticias de toda laya".

A propósito de la nueva forma de escribir la historia, ya en 1859, escribió unas *Observaciones luminosas sobre los varios modos que hay ahora de entender la historia o de explicarla, aunque no se entienda*, en las que, en tono jocoso, nos pone en guardia de la existencia de "no pocos tunos, hipócritas y ambiciosos" que se mezclan y confunden con los "jóvenes cándidos" que se interesan por el pasado.

SABER CRÍTICO. A diferencia de muchos de los escritores de su época, incluso de no pocos que podían considerarse como historiadores, Valera estaba dotado de un ex-

traordinario sentido crítico, que se manifiesta en su conocimiento directo de las fuentes, en la acertada elección de sus lecturas y en su capacidad de discernimiento a la hora de juzgar sobre la historia. En plena eclosión romántica de interés por el pasado, el joven Valera apuesta por la necesidad de "investigar las cosas pasadas por una crítica más profunda, por una filosofía más comprensiva", merced a "la publicidad y a la libre discusión con que todo se trata y se juzga".

Bien se comprende las descalificaciones de los miembros de la ILE cuando, ya en la temprana fecha de 1860, él mismo confesaba a su amigo Gumersindo Laverde las distancias insalvables que lo separaban del krausismo y los krausistas españoles: "No he comenzado a escribir mis artículos

Ya en la temprana fecha de 1860, el propio Juan Valera confesaba a su amigo Gumersindo Laverde las distancias insalvables que lo separaban del krausismo y los krausistas españoles

Sobre la Historia de los Heterodoxos de Marcelino Menéndez Pelayo (1880)

■ "Por encima del patriotismo está la verdad. Menester es confesarlo: casi desde principios del siglo XVI hay en nuestra civilización un germen deletéreo que la corrompe y marchita. Este germen es el fanatismo religioso y no porque en otros países no existiera, sino porque aquí existía unido, unánime, y en otros países, dividido y luchando. Por allá, en la fiera lucha, acabó por anularse, mientras que entre nosotros apenas hubo lucha y vivió (...). Como el libro del señor Menéndez Pelayo está escrito con suma diligencia para recoger datos y noticias, con un buen sentido que sale por cima de las preocupaciones de secta, y con la mejor fe, resulta que prueba lo contrario de lo que pretende probar, y por eso, precisamente, es el libro tan digno de alabanza".

O. C., Madrid, Aguilar, 1961, II, 562.

sobre Krause, porque ni de sus libros ni de las exposiciones de Sanz del Río he formado aún juicio firme y decidido. Ando vacilante y, si aplaudo algunas cosas, otras me parecen mal, ya por el estilo estrafalario, ya porque son perogrulladas dichas ex cátedra y con estruendo y aparato" (17 agosto 1860). Cosa que los krausistas y sus discípulos no le perdonaron cuando se apoderaron de las cátedras.

Años antes de encargarse de la continuación de la *Historia general de España* de Lafuente, fue especialmente crítico con ella, al manifestar que "no es esto decir que la publicada por D. Modesto Lafuente, no sea digna de caluroso aplauso, pero en nuestro juicio no cumple aún con las condiciones que la crítica moderna exige a trabajos de tanta importancia y trascendencia" (*El Contemporáneo*, 1861). En comparación con otros historiadores "extraños" que se habían ocupado de la historia de Espa-

La crítica de Valera ante Ortega y Gasset

■ “La crítica de Valera es una crítica de rebajamiento; movíale a ello un inconsciente positivismo, un positivismo cazurro y extraintelectual. Que solemos hallar en los hombres de nuestra raza cuando rasamos un poco su epidermis. Así en Valera había primero un ropaje exquisito de hombre moderno, una amplísima lección, una postura elegantísima, una ironía gramatical deliciosa; mas tras ello solía aparecer un cortijero andaluz, buen recibidor, anchamente simpático, lleno de facundia y maliciosa bondad. Hablad a Valera de Hegel, de la revolución francesa o de Verlaine; más allá del hombre *dix-huitième*, más allá del labriego cordobés, se erguirá definitivamente, nervudo e indomable, el demócrata celtíbero —*colorati vultus torsi plerumque crines*—, el celtíbero irreductible al álcali europeo”.

O. C., 1963, I, 161-162.

ña o incluso con la de otros historiadores españoles como Toreno, Navarrete, Amador de los Ríos, Ferrer del Río o Gayangos, consideraba la *Historia* de Lafuente como “deslucida y eclipsada” frente, por ejemplo, a “la concienzuda, erudita y filosófica” *Historia de Portugal* de Alejandro Herculano.

DEFENSA DE ESPAÑA. En un tiempo en el que, con el Romanticismo, se conforman en Europa las historiografías nacionales, Valera se convierte en una de las voces más autorizadas para erigirse en defensor de la historia de España, vapuleada desde hacía siglos por lo que después se llamará la “leyenda negra”. “Es tristísimo que cada vez que se toca a este siglo XVI (...), tengamos que escuchar la misma censura en Portugal que en Italia, en Alemania o en los Países Bajos, obligándonos a bajar los ojos avergonzados”. Por no hablar, entre otros muchos tópicos del mismo género, de los

“encomiadores de los tiempos musulmicos” —dice con sorna—, que ponderaban “no menos superficialmente” el gran florecimiento y prosperidad que la agricultura había alcanzado en España.

Con motivo de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento, señala que “de la aceptación resignada de cuanto el desdén o el odio ha hecho decir contra nosotros en tierras extrañas, nace, sin duda, la indiferencia genera, que no podemos menos de notar, y que no queremos disimular, con que se mira el centenario”. Su indignación llegó al máximo cuando un autor francés, Henry Harrisse escribió un libro con “el pomposo título” de *Cristóbal Colón ante la Historia*, con toda “una letanía de burlas e improperios contra la pobre España”.

En su defensa de España frente a las publicaciones extranjeras, diferenciará lo que escribían “los escritores desapasionados y juiciosos”, de los “violentos, ciegos de furor, fanáticos con el fanatismo que hoy se estila, y tan acérrimos enemigos de España, que no hay crimen, maldad e infamia que no atribuyan a nuestra nación, infiriendo de ahí que la postración y decadencia en que hoy estamos es un justo castigo de Dios”. El caso, por ejemplo, del “célebre catedrático” de la Universidad de Nueva York Guillermo Draper quien, en su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, aseguraba que España, “en justo castigo de sus espantosos crímenes, está hoy convertida en un terrible esqueleto entre las naciones vivas”. Considerado por el historiador Santos Juliá como “intelectual antes de los intelectuales”, don Juan interviene en todas las polémicas que tienen como motivo central el tema de España, de su origen como nación, del problema de su decadencia, del carácter nacional, y de sus dificultades para adoptar la civilización moderna.

NOVELA HISTÓRICA. La novela histórica fue un género que siempre atrajo a Valera, pero no lo cultivó porque no gustaba mezclar los acontecimientos históricos con los fingidos. La multiplicidad de sus lecturas sobre el género puede verse en su admirable ensayo de 1862 sobre *Los miserables* de Víctor Hugo frente a otros “libros de entre-

tenimiento” como los de Eugenio Sue, “el más famoso de los novelistas del socialismo, [que] tiene un estilo de cocinera”. Hasta la tardía fecha de 1880, no leyó ninguna novela de Galdós, veinte años más joven que él, en que leyó *La familia de León Roch*, y no le gustó. ¿Qué pensaría de sus *Episodios Nacionales*? Como “para todos los ídolos hay altares”, hallándose en Bruselas, en 1887, escribió sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*.

Independientemente de lo mucho que se ha escrito sobre los gustos de Valera en materia novelística, es evidente que, para alguien con una mirada tan aguda, novela e historia eran modalidades de escritura muy diferentes. Para él la historia busca la verdad, mientras que la novela, como forma de arte, debía atenerse a la belleza. La verosimilitud la busca no mediante la mezcla de historia y novela, sino la mezcla de verismo de ambientes y costumbres, al que se agrega el verismo psicológico. En *Genio y figura* se explayará, en el capítulo VIII, sobre las diferencias entre el “método histórico” y el “método novelesco” que, finalmente, sigue por falta de testigos, documentos justificativos u otras pruebas.

En sus ensayos, en medio de las polémicas tan abundantes existentes en su tiempo, siempre defendió la libertad del novelista a la hora de echar mano de la historia. En 1897 tenía forjado el plan de escribir hasta “una novela histórica sobre Creta, y hasta había forjado el plan, aunque confusa y vagamente”, ciñéndose a lo consignado por “mitólogos e historiadores”. Pero era evidente que, para Valera, la veracidad histórica fue siempre una rémora insalvable. O, para decirlo con palabras suyas, “allí donde la ciencia no llega es donde la imaginación y la poesía deben volar”. ■

Más información:

- **Montesinos, José F.**
Estudios sobre la novela española del siglo XIX. Valera o la ficción libre.
Castalia, Madrid, 1969.
- **Moreno Alonso, Manuel**
Las ilusiones americanas de don Juan Valera y otros estudios sobre España y América.
Alfar, Sevilla, 2003.
- **Juan Valera**
Obra histórica.
Edición de Leonardo Romero Tobar.
Urgoiti, Pamplona, 2004.

Considerado por el historiador Santos Juliá como “intelectual antes de los intelectuales”, don Juan intervino en todas las grandes polémicas que tuvieron como motivo central el tema de España



Un humanista del siglo XIX

Traductor, crítico literario y defensor de los clásicos

Valera mantuvo durante toda su trayectoria una profunda conexión con los clásicos grecolatinos desde su papel de lector, escritor, traductor y crítico literario. En un momento en el que los estudios clásicos no recibían el reconocimiento adecuado, Valera se distinguió por su firme defensa de la cultura y literatura grecolatinas. Su amplio conocimiento de diversas culturas y literaturas extranjeras le otorgó una perspectiva singular sobre los clásicos que convirtió a Valera en un humanista moderno. Gracias a su habilidad para actualizar y conectar los clásicos con la contemporaneidad, estos permanecieron todavía vivos y relevantes en su obra.

FÁTIMA RUEDA GIRÁLDEZ

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Juan Valera demostró un profundo conocimiento de los clásicos grecolatinos. Para él, Grecia y Roma encarnaban los máximos exponentes de la humanidad, visión que se refleja claramente en su obra. Sus escritos están impregnados de referencias a la Antigüedad, transportando a los lectores a un mundo que evoca la grandeza de esos tiempos pasados.

Descrito como un humanista en pleno siglo XIX, Valera fue un ávido lector que dominaba múltiples campos de la literatura y la historia. A ello contribuyeron su pasión por la cultura, su papel como diplomático y viajero y sus conexiones con destacadas figuras intelectuales tanto en España como en toda Europa. Sintió una gran curiosidad por las lenguas y la arqueología, sobre todo en lo que respecta a la Antigüedad grecorromana, pero también a las civilizaciones orientales, especialmente la India y Persia.

Esta admiración de Juan Valera por los clásicos lo aparta de las tendencias artísticas predominantes en el siglo XIX, un periodo en el que los estudios clásicos no siempre gozaron de una situación favorable. En este contexto, la figura de Valera se destaca de manera excepcional, pues sobresale como humanista y helenista en un panorama en el que las humanidades se hallaban descuidadas. Nunca llegó a ejercer como profesor de griego, aunque su epistolario revela su deseo de serlo. Sin embargo, su fascinación por las lenguas antiguas le

permitió profundizar en el conocimiento de la literatura griega, lo que influyó notablemente su obra literaria posterior.

FORMACIÓN CLÁSICA. El interés por los clásicos es un elemento clave en la formación intelectual de Valera, moldeando tanto sus escritos como su visión del mundo. Valera se describió a sí mismo como “grecolatino y clasicote hasta los tuétanos”, según escribió en una carta a Menéndez Pelayo. Aunque destaca sobre todo su interés por la cultura helénica, el latín también desempeñó un papel destacado en su obra, sobre todo a través del uso de citas latinas, presentes no solo en sus novelas y poemas, sino también en sus cartas a amigos y familiares.

Valera adquirió sólidos conocimientos de latín en su juventud durante sus estudios en Granada, pero no se puede entender su pasión por las humanidades ni su compromiso con las lenguas clásicas sin hacer referencia a su estancia en Nápoles entre 1847 y 1849, periodo crucial para su formación clásica. El factor determinante surgió de su relación durante esos años con Lucía Palladi, marquesa de Bedmar, una mujer de gran erudición y con un notable dominio del griego. Fue su profundo amor por ella lo que lo impulsó a perfeccionar su conocimiento del griego clásico. Gracias a

ella, pudo adentrarse en los clásicos griegos en su lengua original, facilitado por la instrucción de un maestro griego que probablemente también le enseñó algunas nociones de griego moderno, Constantino Eutiquiades.

La pasión de Valera por la cultura clásica, unida a su lectura atenta de escritores antiguos y contemporáneos, le brindó un conocimiento de ellos absolutamente excepcional en una España en la que el estudio de la lengua helénica era poco valorado en el sistema educativo, circunstancia que provocó que Valera no pudiese cultivar el estudio del griego hasta después de haber completado su educación formal.

PROYECTOS DE TRADUCCIÓN. Valera no llegó a dedicarse plenamente a la lengua griega, pues se centró en su carrera política y diplomática. Sin embargo, a pesar de que solo se consideraba un aprendiz, pasó a la posteridad como helenista, ya que se convirtió en el primer traductor al español de la novela *Dafnis y Cloe* de Longo de Lesbos.

El interés traductor de Valera surgió de la percepción de que en España había una notable carencia de estudios y traducciones de los autores griegos y latinos, en contraste con otras naciones europeas. Este hecho se menciona en sus cartas, en las que sus intentos por contribuir a llenar ese

vacío se presentan en numerosas ocasiones como meros planes que no se llegan a materializar.

Más allá de su traducción de la

La figura de Valera destaca de manera excepcional, pues sobresale como humanista y helenista en un panorama, el del siglo XIX, en el que las humanidades se hallaban francamente descuidadas

Valera fue el primer traductor al español de la novela *Dafnis y Cloe* de Longo de Lesbos. En la imagen Dafnis y Cloe representados en el óleo *The Storm* (1880) de Peirre August Cot.

obra de Longo de Lesbos, Valera también tuvo proyectos de traducción menos conocidos junto a Menéndez Pelayo, que incluían la obra de Esquilo, aunque también figuraron en esos proyectos otros autores como Homero o Hesíodo.

De hecho, se propuso emprender una traducción de la *Odisea* de Homero, de la que no abundaban versiones en ese momento. Valera conocía bien las traducciones de los textos homéricos a las diferentes lenguas europeas, desde la célebre traducción inglesa de Pope en el siglo XVIII hasta la versión italiana de Vincenzo Monti, aunque sentía una especial predilección por las traducciones alemanas más recientes, que había conocido durante su estancia en ese país en 1855. Este encuentro con las traducciones alemanas posiblemente influyó en sus aspiraciones como traductor. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos y conocimientos, nunca llegó a llevar a cabo su propia empresa de traducción de la *Odisea*.

CRÍTICA LITERARIA. Antes de debutar como novelista en 1874, Valera había desarrollado ya un ideario estético. Es principalmente a través de sus ensayos de crítica literaria, que abarcan más de dos tercios de su obra total, donde Valera demuestra su profundo conocimiento del mundo clásico, en especial de su literatura. Sus escritos de crítica literaria proceden de colaboraciones en diversas revistas como la *Revista Peninsular* de Lisboa, la *Revista española de Ambos Mundos* de Madrid, *La América*, *El Mundo Pintoresco*, *El Estado* o *El Contemporáneo*, *La Ilustración Española y Americana*, *Helios*, la *Revista Contemporánea* o la *Revista Europea*, entre otras.

En lo que respecta a sus ideas literarias, Valera no se identificó completamente ni con el romanticismo ni con el clasicismo más ortodoxo, sino que se consideraba “clásico a su manera”. Aunque se alineaba con el clasicismo, no renunció a aquellos elementos románticos que podían convivir con



Metropolitan Museum Of Art

su propia estética. Se suele señalar el *Arte poética* de Horacio como fuente de muchas de sus ideas y referencias, pero también se observa la presencia de autores contemporáneos. A estos últimos hay que acudir en muchos casos cuando Valera teoriza sobre cuestiones relacionadas con la Antigüedad clásica. En este sentido, los escritos críticos de Valera sobre el mundo clásico aportaron una perspectiva particular al diálogo literario de su tiempo.

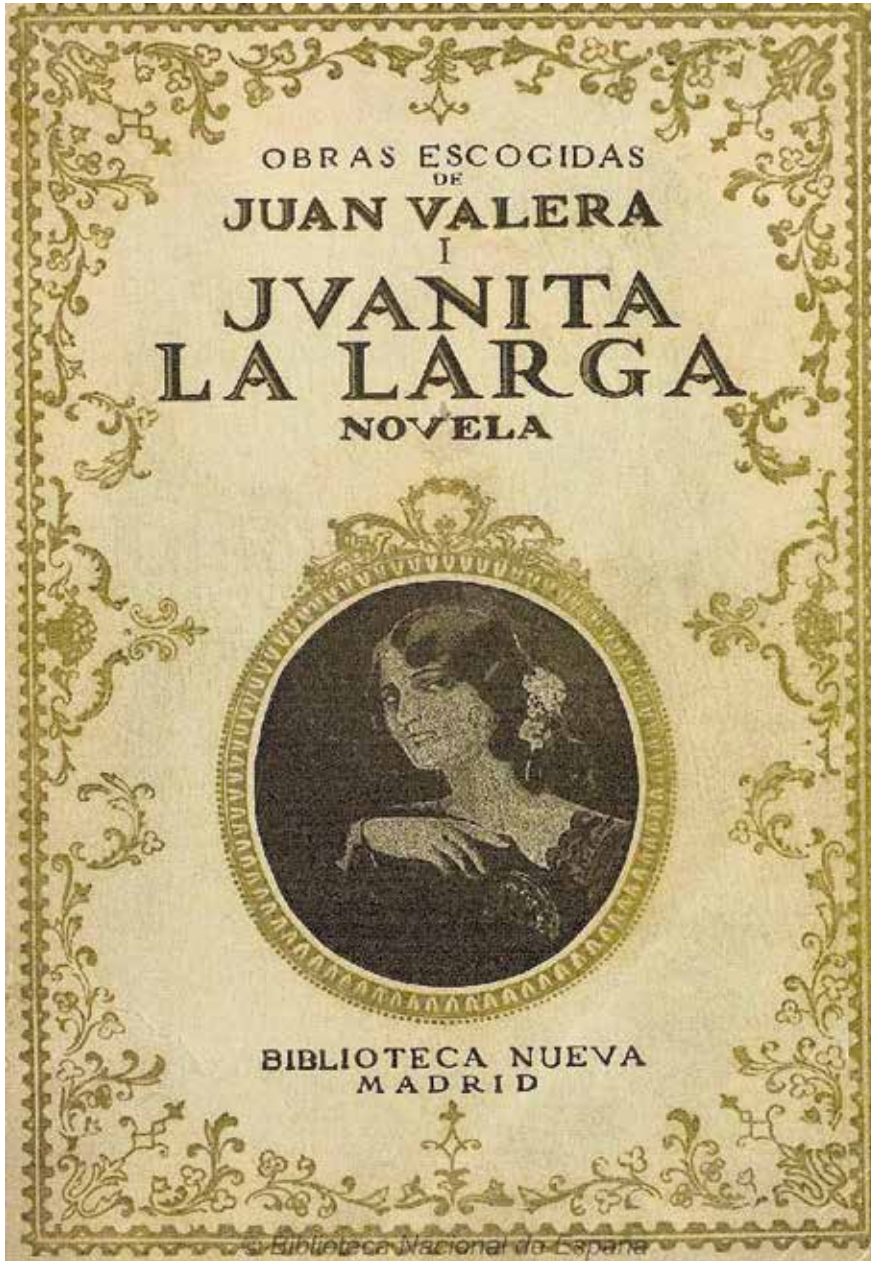
EL MUNDO CLÁSICO. La obra de Valera destaca por la notable presencia de autores

griegos y latinos, superior en comparación con otras literaturas. También sus reflexiones sobre el poeta y la poesía parten de textos clásicos y se ilustran con los grandes modelos de la Antigüedad. Pero Valera no recurrió a los clásicos con intenciones instructivas, sino que los adaptó según su propio criterio para sus fines personales. Muchos son los autores latinos en los que Valera encontró inspiración para sus escritos. Tuvo predilección por los poetas, entre los que destacaban Horacio, Virgilio, Marcial, Ovidio, Catulo o Lucrecio, pero también citaba a otros autores como Plauto, Terencio, Juvenal, Fedro, Salustio, Suetonio, Cicerón, Quintiliano o Apicio.

Entre los griegos, se apreciaban las huellas de Longo de Lesbos, Jenofonte,

A pesar de que Valera se consideraba tan solo un aprendiz, pasó a la posteridad como helenista, ya que se convirtió en el primer traductor al español de la novela 'Dafnis y Cloe' de Longo de Lesbos

Juan Valera



La novela *Juanita la Larga* está considerada como el último idilio clásico de la literatura moderna.

Platón, Homero o Luciano. Mitos, personajes e ideas de la literatura grecolatina desfilan por sus poemas, cuentos y novelas, tal como se evidencia en *Pepita Jiménez*, *Asclepigenia*, *Doña Luz* o *Las ilusiones del doctor Faustino*, por mencionar solo algunos casos.

No se puede olvidar la recuperación contemporánea del idilio que hace Valera en *Juanita la Larga*, novela considerada como el último idilio clásico de la literatura española. En su obra narrativa aparecen ninfas, musas, pastores, dioses, magas, cíclopes, el monte Parnaso o la fuente Castalia. Subtextos como el mito de Hipólito y Fedra se ocultan en *Pepita Jiménez*, la Edad de Oro aparece evocada con frecuencia, y se generan tensiones entre cristianismo y paganismo que tienen que ver con la personalidad de los protagonistas.

Las constantes alusiones a la mitología clásica subrayan la fuerza de la naturaleza y las pasiones, así como la reconexión con el paganismo y el retorno al idilio, a la poesía pastoril, rústica y amorosa, que contrasta con el mundo superficial.

Valera incorporó la mitología clásica a su obra, a pesar de que la literatura espa-

Los estudios clásicos en el siglo XIX

■ A principios del siglo XIX, las lenguas clásicas experimentaron un declive. En las universidades, las cátedras de griego dejaron de ser asignadas y se manifestó el desconocimiento del latín. El estado del helenismo español no daba cifras positivas: solo se encuentran veinte traductores en el siglo XVIII, y otros veinte en el siglo XIX hasta 1874, aunque la situación de los autores latinos era algo más favorable. Pocas instituciones se preocuparon de mantener viva la ense-

ñanza de las lenguas clásicas. Destacan las Escuelas de latinidad y los Colegios de Humanidades, que buscaban regular la enseñanza del latín y del griego, aunque este último en menor medida, fuera del ámbito universitario. La creación de la Real Academia Greco-Latina entre 1831 y 1834 también supuso un intento oficial de preservar los estudios clásicos. Tras el traslado definitivo de la Universidad Complutense a la capital y la reforma educativa liderada por Gil de Zárate, a

partir de 1845, se empezó a formar el núcleo de los humanistas españoles más destacados del siglo XIX, aunque en número limitado. Durante la segunda mitad del siglo, en la nueva Universidad Central, un grupo de profesores, helenistas y latinistas como Lozano, Camús, Bardón o González Carbín desempeñaron un papel crucial, y su dedicación influyó en el aprecio por los clásicos por parte de destacadas figuras como Clarín, Galdós o Menéndez Pelayo.

Juan Valera

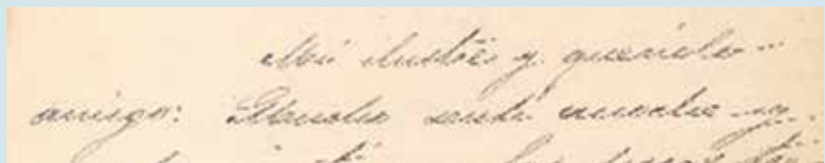
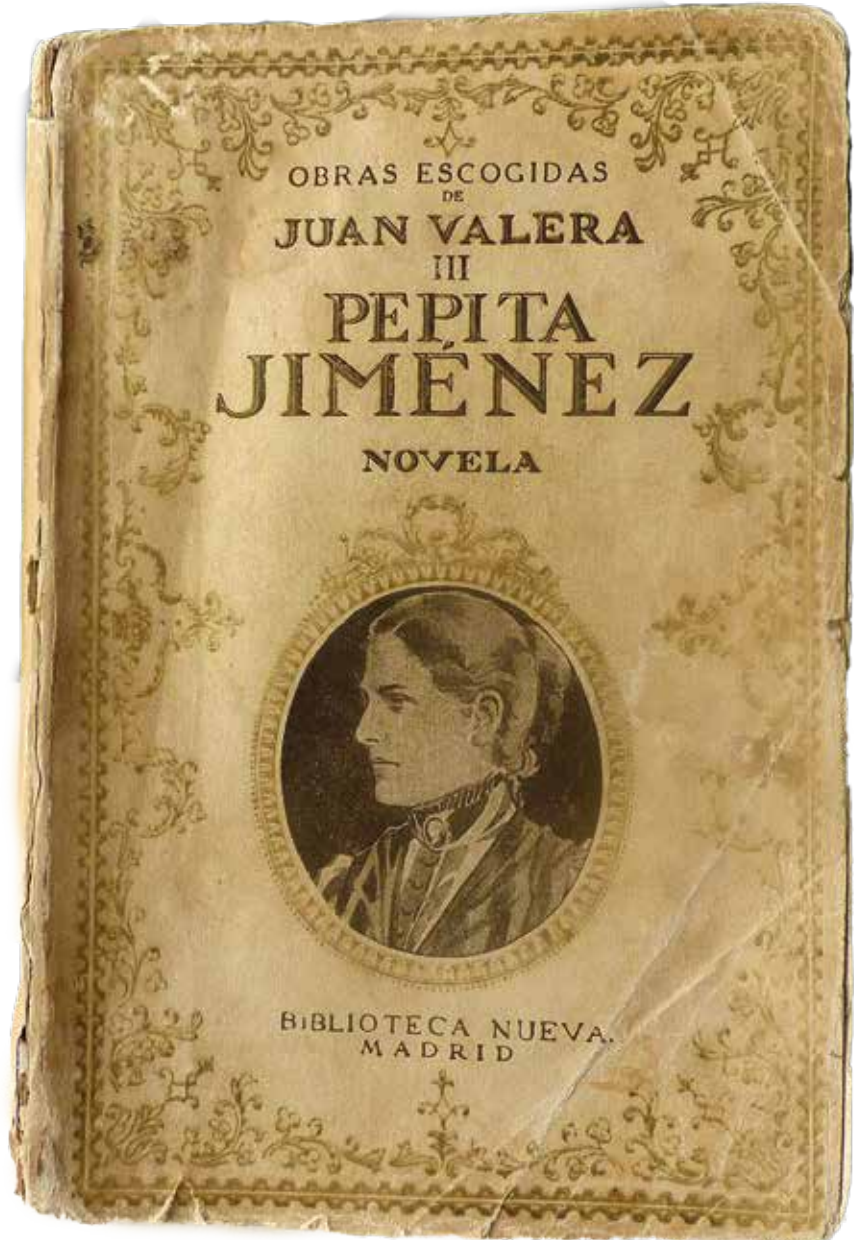
El mito de Hipólito y Fedra se ocultan
en Pepita Jiménez.

ñola de gran parte del siglo XIX suele caracterizarse por una marcada oposición al uso mitológico. Sin embargo, el egabrense defendió siempre la vigencia de la mitología grecolatina, apoyándose en referentes europeos como Schiller, de quien fue traductor; Friedrich Schlegel, Vincenzo Monti o Leopardi, a cuya recepción en España contribuyó en gran medida Valera. Todos ellos defendieron el uso de la mitología desde argumentos modernos relacionados con la imaginación, la fantasía o la unión espiritual con la naturaleza. En España, una visión así de la mitología se empieza a encontrar con mayor frecuencia al final del siglo XIX, gracias al resurgimiento de la mitología vinculado al simbolismo y a la llegada del Modernismo.

Sin embargo, Juan Valera hablaba ya de los dioses paganos como potencias vivas y energías inmortales del espíritu que daban vida a los elementos de la naturaleza, evocando una conexión entre naturaleza, creación, imaginación y mitología que recoge las ideas de los autores románticos y anticipa la revalorización mitológica del Modernismo.

En el periodo intermedio de transición que conecta ambos movimientos, Juan Valera emerge como figura clave en la renovación de la mitología clásica como uno de los últimos grandes teóricos españoles que reflexionaron sobre el papel del mito en la literatura de su momento. Hace un uso productivo de los mitos y los revitaliza al fusionarlos con sus propios recuerdos, preocupaciones y sensibilidades, de lo que resultan mitos actualizados y contemporáneos, no como simples adornos, sino como figuras simbólicas que transmiten significados.

UN CLASICISTA MODERNO. La cultura clásica de Valera trascendía la mera erudición del pasado. Su defensa de los clásicos era moderna, y la hizo desde una vinculación sentimental con el mundo grecolatino, que quedaba renovado y con la capacidad de conectar todavía con el hombre

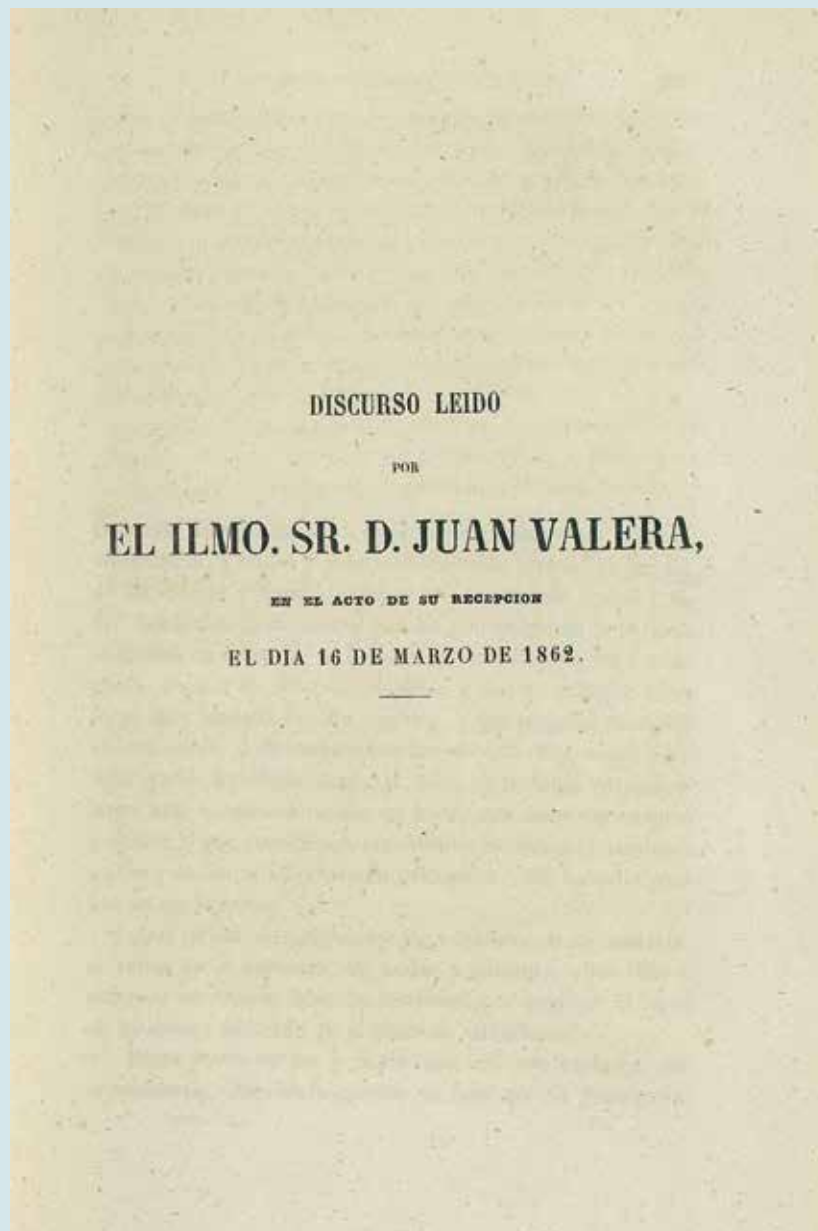


Los epistolarios de Valera

■ Valera, a través de su vasta correspondencia, proporciona datos fundamentales de primera mano para comprender su faceta como traductor y su interés por los textos clásicos. Las alusiones a la literatura clásica y las citas latinas aparecen de manera insistente en sus cartas. Aunque menos explorada que sus novelas, esta correspondencia es crucial para entender el hu-

manismo clásico del siglo XIX. Cubre un período significativo de su vida, desde los 26 años hasta su muerte, ofreciendo una ventana al contexto cultural español de la segunda mitad del siglo XIX. Destacan sus intercambios con Gumersindo Laverde, Serafín Estébanez Calderón y Marcelino Menéndez Pelayo, tres intelectuales de la época.

Juan Valera



Discurso de ingreso de Valera en la Real Academia Española (1862)

■ “Es otro de los errores la timorata y singular ortodoxia que desecha de los poemas la mitología gentílica, como si, porque no tengamos por dioses a los habitantes del Olimpo, hubieran muerto y se hubiera borrado de la imaginación humana aquellas divinas creaciones, aquellas figuras bellísimas, aquellas inteligencias secretas que animaban y movían el Universo y que derramaban su vida y su encanto en el azul del cielo, en las sombras de la noche, en los

mares, en las selvas, en las fuentes y en los ríos, mientras que la Naturaleza hablaba con los hombres sin levantarse el velo y les inspiraba ensueños celestiales. [...] Una civilización nueva no borra ni destruye, sino absorbe y comprende los elementos y las ideas de las antiguas. Como ideas, y como ideas bellísimas, están, pues, aún los dioses del Olimpo en nuestra civilización, y viven, en nuestro mundo ideal, la vida de los inmortales”.

contemporáneo. Valera actualizó la tradición clásica y contribuyó a rescatarla del descuido en el que había caído durante su época, promoviendo un nuevo clasicismo que sentaría las bases de la poesía modernista.

Leopoldo Alas elogió su habilidad para ver el mundo contemporáneo a través de la cultura clásica, pues el mundo antiguo en la obra de Valera se presenta con un carácter dinámico, alejado de la concepción estática e inerte que suele asociarse al clasicismo. Para ello no solo tomaba sus ideas de la Antigüedad clásica, sino que también se nutrió de sus lecturas europeas y del clasicismo moderno que en ellas se reivindicaba.

El autor partía de la idea de que las literaturas de Europa no viven aisladas, sino enlazadas. Consideraba crucial asimilar influencias extranjeras, sobre todo procedentes de la literatura grecolatina, pero dándoles esencia y vida propias. Demostró así una fundamental disposición a enriquecer su obra a través del diálogo con otras tradiciones literarias pasadas y presentes. Como él mismo señaló, una civilización nueva “absorbe y comprende los elementos y las ideas de las antiguas”, en lugar de excluirlas. Esta apertura, unida a su profundo conocimiento de otras culturas, influyó en su particular defensa de los clásicos que, paradójicamente, acabó convirtiendo a Valera en un autor innegablemente moderno. ■

Más información:

■ **García García, Julián**

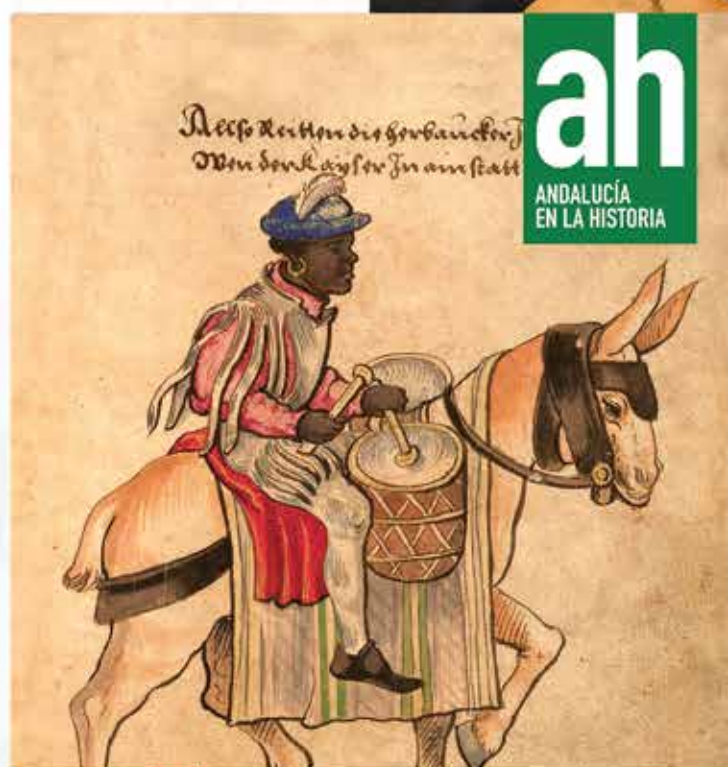
“Influencia de los clásicos latinos en Valera: Discurso de apertura del año académico 1999-2000”, en *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, vol. 77, n.º 137, 1999, pp. 1-46.

■ **García Jurado, Francisco y Hualde Pascual, Pilar**

Juan Valera. Ediciones Clásicas, Madrid 1998.

■ **Herrera Sánchez, Andrés**

“La mitología en la poesía de Juan Valera”, en *Juan Valera (1905-2005): actas del II Congreso Internacional celebrado en Cabra (Córdoba) los días 27, 28, 29, 30 de abril y 1 de mayo de 2005*, Cabra, Ayuntamiento de Cabra, 2006, pp. 309-324.



ah

ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA

La revista de la Historia de Andalucía

Una publicación trimestral del Centro de Estudios Andaluces que fomenta el estudio, conocimiento y disfrute de la Historia de Andalucía, combinando el rigor científico y la transferencia del saber con un enfoque divulgativo.

Cada número ofrece un análisis exhaustivo de temas relevantes, además de artículos y secciones dedicadas a explorar perfiles biográficos, hitos cronológicos, reseñas de libros, así como diversos aspectos de la cultura y el patrimonio andaluz.

**SUSCRÍBASE POR
SOLO 14,50 EUROS**

a cuatro números sucesivos
y como REGALO el libro

Gotas de sangre jacobina.

Antonio Machado y la política

También disponible la
SUSCRIPCIÓN DIGITAL:

Reciba la revista en PDF
POR 10 EUROS



Centro de Estudios Andaluces
Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa



(+34) 955 055 210
www.centrodeestudiosandaluces.es